



Prácticas de vuelo

Revista de la generación 2023-2027 de Letras
Hispanicas

Núm. 2 | 04/06/2024

PRÁCTICAS DE VUELO

Núm. 2, 04/06/2024

Comité editorial:

Alejandra Guadalupe Meza Jacome

Alejandro Siliceo Ramírez

Ángel Enrique Valdivieso Priego

Camila Vidal Zárate

Darío Risquez Wojtarowski

Emilio Govela Sevilla

Mariana Pérez Ramírez

Mayra Patricia Martínez González

Ilustración de portada:

Mayra Patricia Martínez González

Revisión ortográfica:

Ángel Enrique Valdivieso Priego

Camila Vidal Zárate

Mayra Patricia Martínez González

Colaboradores de esta edición:

Alejandro Siliceo Ramírez

Ángel Enrique Valdivieso Priego

Ángel Mejía Hernández

Camila Vidal Zárate

Emilio Sevilla Govela

Eryck Alexander León

Francisco Reyes López

Frida Montesinos Gamboa

Giovanni Marín Ortiz

Indra Garduño Reynoso

Iván Hernández Miranda

Jimena González

Lorena Guzmán González

Luz Xcaret García Avalos

Marisol Hernández

Martha Susana Mapel González

Sara Cámara

Sofía Torres

Uriel Carillo Fuentes

Wendy Sánchez Barrientos

Imágenes:

Todas las imágenes utilizadas en esta revista, con la excepción de la portada, pertenecen al dominio público o están publicadas bajo una licencia Creative Commons. Ninguna de estas imágenes nos pertenece y se indica siempre el nombre del autor.

Información:

Prácticas de vuelo es una revista estudiantil, y no está afiliada oficialmente con la Universidad Veracruzana.

Correo electrónico:

practicasdevuelo@proton.me

Sitio web:

<https://practicasdevuelo.neocities.org>

ÍNDICE

04 — **Editorial**, Emilio Sevilla Govela

Cuento

06 — **Tamal de estope**, Indra Garduño Reynoso

08 — **Viaje en taxi**, Uriel Carillo Fuentes

15 — **Una noche de trabajo**, Eryck Alexander León

18 — **Colección**, Sofía Torres

20 — **Muchacha**, Wendy Sánchez Barrientos

22 — **Tres esferas II**, Francisco Reyes López

29 — **Jazmín color caribe**, Sara Cámara

34 — **El bautizo**, Marisol Hernández

39 — **La historia de un elfo**, Emilio Sevilla Govela

47 — **El puente**, Alejandro Siliceo Ramírez

49 — **Sueño de un martes**, Ángel Enrique Valdivieso Priego

Poesía

54 — **Otros dos poemas de Frida Montesinos**

56 — **Transferencia de corazón**, Jimena González

58 — **Los poemas de Poesía sin nombre**

Otras prosas

75 — **Origami**, Iván Hernández Miranda

76 — **Memento animalis**, Frida Montesinos Gamboa

80 — **25**, Ángel Enrique Valdivieso Priego

81 — **Retornar al dolor**, Camila Vidal Zárata

Editorial

Emilio Sevilla Goveia

Feliz encuentro, compañeros. Feliz encuentro, y bienvenidos a esta segunda edición de la revista *Prácticas de vuelo*. Una vez más nos damos cita en estas páginas para compartir el fruto de nuestras plumas y nuestras imaginaciones. Me llena de alegría presentar esta segunda ola de relatos, poesía y demás manifestaciones literarias. En la anterior edición dimos el primer paso, hazaña nada desdeñable; pero ahora es momento de darle continuidad a ese esfuerzo, lo cual no es un desafío menor a lo que ya hemos hecho.

Es por eso que es imperativo agradecer a todos quienes han enviado sus textos para esta edición. Sin su participación, *Prácticas de vuelo* no tendría sentido. No es fácil exponer lo que uno escribe a la lectura y el juicio de otros, por lo que es un privilegio para nosotros que nos confíen sus obras. De todo corazón, les damos las gracias.

De nuestros participantes, algunos son conocidos de la pasada edición, que vuelven a la carga con nuevas ideas y palabras; quizá el lector atento pueda comenzar a

identificar en su escritura un estilo propio; el esbozo de algún tema recurrente, o un giro del lenguaje que les resulte particularmente grato. Por otro lado, en esta edición también se nos unen nuevas voces y plumas, que traen consigo sus propios estilos y pericias; a ellos les digo: ¡bienvenidos!, después de todo, el propósito de esta revista es que todos tengamos donde compartir nuestro trabajo literario. ¡Mientras más seamos, mejor!

Habiendo dicho todo esto, es momento de hablar de lo más importante, es decir, de los textos publicados. Y hay de lo que hablar, pues no es desdeñable en lo absoluto la colección de trabajos literarios que presentamos en esta ocasión. Sobre todo hay relatos, aunque no andamos faltos de poesía, ni de lo que hemos dado en llamar, a falta de un mejor nombre, “otras prosas”, con las que damos espacio a el ensayo, las reflexiones, los monólogos, y demás cosas difíciles de clasificar.

A pesar de esta variedad, hay en este número una serie de temas compartidos, más por casualidad que por nuestro designio. Y es que muchos de los trabajos aquí incluidos tratan de temas sombríos y severos. En estas páginas, podemos leer de las angustias,

temores e inquietudes que acechan en el corazón humano: la aflicción de ver destruido lo que nos es preciado, las dudas nacidas de reflexionar sobre nosotros mismos, nuestro pensamiento y nuestro lenguaje; el miedo que supone estar expuesto ante millones de ojos en la Red, el temor que supone mirar a la muerte a los ojos; el dolor de ver marchitarse y morir seres queridos ante el implacable paso del tiempo, la desesperación de ser juzgado indigno e irrelevante, el retorcido consuelo de volver al dolor; por mencionar solo algunos.

Pese a todo, no creo que temas tan desesperanzadores empañen este número, antes bien, creo que sacan a relucir una de las mejores virtudes de la literatura: el poder tomar un elemento de la experiencia humana, por sombrío o doloroso que sea, y, por medio del lenguaje, que con tal propósito se torna en algo más que una mera herramienta de comunicación, darle un nuevo lustre, hacer de él algo hermoso, digno de ser contado. En otras palabras, la creación literaria puede convertir esos retazos de humanidad en combustible para la mente y el espíritu.

No diré más, pues flaco favor le haría a los autores tratando de

explicar sus obras en el escaso espacio del que aquí dispongo. Así que, sin darle más vueltas al asunto, les cedo ahora la palabra, para que sean ellos mismos quienes le den vida a los frutos de su pluma.

Tamal de estope

Indra Garduño Reynoso

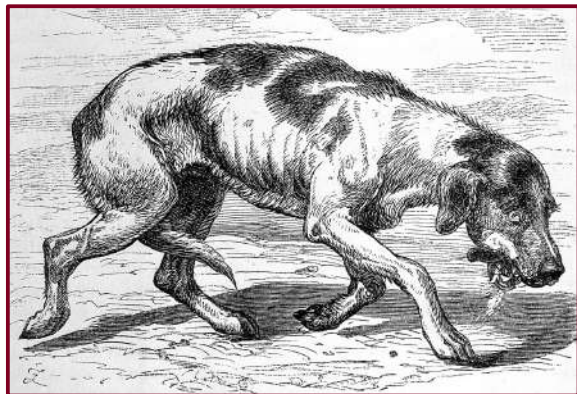


Ilustración en el libro *Rabies and hydrophobia* (1872), de George Fleming.

Relato de Don Gilberto en la sobremesa de su casa, municipio de Chocamán-Veracruz poblado de Tepexilotla. Con adornos literarios fieles a la intensidad del mismo.

Su perro nunca lo había mordido; ahora, quince días han pasado de su entierro y un vago recuerdo de su can fiel lamiendo sus manos le giraba en la memoria con cariño. Él: cazador experto y gustoso de su profesión, estaba cegado por la cólera con hormigueos que subían desde la planta de sus pies hasta las piernas inflando sus músculos hasta el pecho y erizando cada vello de su piel, seguía recordando al can en borrosos lapsos de razón. El calor le caía como plomo en la nuca, el sudor lo cegaba y su respiración era jadeante y difícil

aquella mañana en la barranca; ni siquiera llegó a ver a sus animales.

Siempre fue un perro fiel, pensaba, siempre dormía en mi regazo y siempre me acompañó a la barranca, nunca me ladraba. Con la nostalgia de muerte en el alma y el hormigueo incesante en la médula de los huesos, a grandes zancos cruzaba el poblado de Contla, tropezando con piedras y ramas, sintió la necesidad de tomar agua a litros; como pudo llegó al río a sumergir su cabeza entera y bebió con desesperación, la sed no cedía a pesar de tragar bocanadas con tierra hasta por la nariz. Mordiéndose los labios sucumbió al deseo de correr y alejarse de la luz, sentía las venas romperse como cuerdas, sus ojos se enceguécían y retraían a causa del brillo que jugueteaba en las aguas.

Sentía ganas de morirse, de arrancarse los dedos con los dientes, de desgarrarse los brazos con las uñas y de quitarse mechones enteros de cabello; se revolcaba sin poder gritar, pataleando fuertemente en la tierra; con las ansias de seguir corriendo, llegó a su cabaña donde su mujer lo esperaba.

—¡Mujer! ¡Escóndete mujer!
¡Enciérrate mujer!

—¿Qué te pasa? —respondió muy asustada— ¿Qué traes pues?

—¡Tremendas ganas de morder! No puedo ver, ¡aléjate mujer!

Corriendo, su mujer se encerró con llave en el cuarto y no salió hasta que la sala quedó en completo silencio, abrió lentamente la puerta y llamó a su marido una y otra vez con todo y sus apellidos; de su esposo, nada. Prefirió no salir el resto de la tarde.

El sol se deslizaba lento en el cielo y la tarde envejecía, el aire se preservaba tibio y, frescas, las hojas bailaban yendo y viniendo. El picor era insoportable, deseaba que le salieran garras y rascarse hasta sangrar, los ojos se ennegrecían y lo cegaban solo para volverse a abrir y deslumbrarlo, causándole un fuerte dolor en las sienes.

—¡Compadre aléjese!, mi cuerpo no me obedece, no lo veo claramente, ¡ayúdeme a morirme! ¡Máteme compadre, máteme!

El compadre, al verlo, palideció, dejó a un lado el azadón y se hizo a un lado de las matas, con cautela lo rodeó y con voz grave dándole órdenes lo empujó hacia las hojas más grandes donde la sombra mitigaba el calor.

—¡No se mueva de aquí por Dios! ¡Por la Virgen quédese aquí y no se mueva! Usted estará bien

compadre, ¡lo juro por mi madre!

Corrió unos metros abajo por las milpas y cogió unas hierbas que crecen junto a los árboles, tomó entonces suficientes y las amarró en forma de tamal; de nuevo subió con la velocidad de la liebre y le arrojó el amarradizo al desgraciado, que alguna vez fue su amigo desde la infancia y que ahora estaba irreconocible. Sudado y enlodado, imploraba la muerte para salvarse de las contorsiones, del escozor y dolor causado por las mordidas que él mismo se había hecho; el compadre le ordenó que se comiera las hierbas. El enfermo se metió los hierbajos a la boca y con dentelladas violentas terminó de ingerir su medicina; se desmayó y las convulsiones cesaron, el hormigueo desapareció y minutos más tarde abrió el pobre los ojos y pudo sentir el viento en la cara. Pasó sus manos entre su cabello y trató sin éxito de articular palabra. En los brazos de su compadre, en borrosos lapsos de razón, recordaba a su fiel perro de caza; cómo tuvo que acabarlo con la escopeta cuata a causa de un mal desconocido.

Esta, y otras historias macabras, son recuerdos de aquel brote de rabia del año 1966.

Viaje en taxi

Uriel Carrillo Fuentes



Cupón para taxi. Boston, circa 1950.

Lisa caminaba por las calles de la sucia ciudad reprimiendo las lágrimas que se querían desbordar de sus ojos. Esas lágrimas eran su frustración, humillación y tragedia. Pero no planeaba dejar que nadie las viera, tenía que regresar a casa. *Él va a estar ahí.* Después de esquivar a mucha gente ella llegó a una esquina, se detuvo y levantó su brazo derecho. Necesitaba un taxi.

Tengo que hacer que se vaya. Mientras esperaba que un carro se detuviera a su lado sacó su teléfono con su otra mano, lo desdobló con su pulgar y con movimientos fugaces llamó al contacto que decía “cariño”. Llevó el teléfono a su oreja y escuchó los tonos de llamada. Con cada tono su corazón se aceleraba un poco más y un nudo doloroso se sumaba a su estómago.

—Hola, amor. ¿Pasó algo? —dijo esa voz tan familiar al otro lado de la línea.

—Acabo de comer con Elizabeth Goodman. ¿Te suena el nombre?

Silencio. Luego, un suspiro.

—Cualquier cosa que te haya dicho es mentira, esa mujer está loca —dijo la voz en el teléfono.

Antes de que Lisa pudiera contestar, un carro amarillo se detuvo a su lado. Un taxi había decidido llevarla. Lisa se subió a este rápidamente y fue golpeada por un ambiente totalmente alienígena. El ruido de fondo de conversaciones, gritos y majaderías fue reemplazado por una suave y refinada melodía que resonaba en el interior del vehículo. Era música clásica. Los olores a sudor, humo de escape y cosas extrañas en descomposición desaparecieron para dar paso a una fresca esencia que le hizo cosquillas en el interior de su nariz. No pudo evitar quedarse pasmada.

—Amor, ¿me estás escuchando? —dijo la voz del teléfono.

—¿A dónde la llevo? —dijo el taxista al mismo tiempo.

Lisa se dio cuenta de que estaba tratando de procesar demasiadas emociones en un solo momento; así que decidió bajar el teléfono para concentrarse en el taxista. Era un hombre de mediana edad que vestía una chaqueta azul y guantes para conducir. Además, cubría sus

ojos con un par de aviadores y tenía el cabello peinado hacia atrás con una gran cantidad de gel. Su expresión era fría, pero Lisa estaba acostumbrada a ese tipo de rostros después de vivir toda su vida en la gran ciudad.

—A la calle Redhook, por favor. Antes del observatorio Adams — dijo Lisa.

—Claro, aunque tengo que hacer un par de paradas en el camino, ¿no hay problema?

Lisa lo pensó, normalmente ella habría dicho que sí y se hubiera bajado. Sin embargo, aquel día era todo menos normal. Todo su mundo estaba colapsando frente a sus ojos y ella tendría que ser una de las actoras en su destrucción. *Necesito tiempo para pensar y para que él se vaya.*

—Está bien, no llevo prisa.

El conductor asintió como respuesta y se volvió a incorporar al tráfico de la ciudad hábilmente. Habiéndose encargado del problema más simple, Lisa ahora tenía que enfrentarse a la voz del otro lado del teléfono que de seguro la estaba esperando con miles de explicaciones y excusas. Ella respiró profundamente recordando el eco de las palabras de su instructora de yoga y después volvió a acercar el teléfono a su

oreja.

—¿Sigues ahí, amor? ¿Me escuchas? —al parecer nunca había dejado de hablar.

—Sí, te escucho. Solo estaba subiéndome a un taxi. Voy para la casa, pero no quiero verte cuando llegue.

—Amor, por favor. Ya te dije que esa mujer está loca. No me planeo ir a ningún lado, cuando vengas te lo podré explicar mejor.

—No hay nada que explicar, ella tenía fotos y videos. Lo vi todo, jodido cerdo —Lisa no pudo contenerse más y pronunció esas últimas palabras entre sus dientes. Después, ella terminó la llamada. *Cálmate, cálmate, cálmate.* Siguió respirando profundamente por un par de calles más antes de que se preocupara de si el taxista la había visto perder sus estribos. Cuando vio al espejo retrovisor se encontró con un hombre que no parecía ni reconocer su existencia. *Supongo que eso es mejor a que se ponga a preguntarme qué sucede.*

De pronto, el taxista detuvo el carro. Lisa vio a través de la ventana que se habían quedado frente a un bar cuya fachada estaba pintada de verde y blanco. *Seguramente es irlandés.* Ella dirigió su mirada hacia el conductor con la intención de

preguntarle si esa era una de sus paradas. Sus palabras se regresaron cual reflujos cuando vio que el hombre había sacado una pistola y estaba embonando una especie de tubo negro al cañón de esta. Ella había visto algo similar en una película, era un silenciador.

Sin pronunciar ninguna palabra el hombre abandonó el carro y se adentró en el bar, dos explosiones apagadas sonaron unos cuantos segundos después junto con un par de destellos que iluminaron las oscuras ventanas del lugar. Lisa no se pudo mover, estaba petrificada. El hombre salió del bar calmadamente y volvió a meterse en el carro.

Colocó el arma en el asiento del copiloto, se atravesó el cinturón de seguridad y encendió el motor siguiendo con su camino. Lisa se preguntó qué acababa de presenciar, era eso algún tipo de broma con cámara escondida o... su teléfono comenzó a sonar.

Ella contestó rápidamente y justo cuando planeaba pedir ayuda vio sus ojos en el espejo retrovisor. El hombre había bajado sus aviadores para verla directamente, no había dicho nada más, pero tampoco había sido necesario. Su mirada estaba cargada con frialdad; sin embargo, su frialdad era diferente

a la del ciudadano antipático. Su frialdad era una que no simplemente decía “no me importa qué te suceda” sino que gritaba “no me importa qué tenga que hacerte”.

—Lisa, por favor, escúchame — dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Ya te dije que te quiero fuera de la casa para cuando llegue. Ya salí del centro, por lo que no tardaré mucho. Por favor, por favor solo vete. Necesito tiempo sola — dijo Lisa con una voz temblorosa. Ella misma ya no sabía a qué se debía eso, ¿era miedo? ¿frustración? ¿tristeza? ¿importaba siquiera?

—Mira, tienes todo el viaje para tranquilizarte, te esperaré aquí para hablarlo como los adultos que somos. Si para cuando llegues todavía quieres que me vaya, lo haré, así que no te preocupes por eso. Solo piensa bien lo que quieres hacer.

—Está bien, haz lo que quieras. Pero te diré una cosa de una vez, no voy a cambiar de opinión — Lisa volvió a terminar la llamada con la esperanza de que eso fuera suficiente para que él no la volviera a llamar. Cuando guardó su teléfono en su bolsillo ella se dio cuenta que seguía en el taxi de un asesino. *Dios, ¿qué hago?*

Entonces, la canción que estaba de fondo aumentó su volumen repentinamente, un coro de violines resonó por el interior del vehículo con una agresividad similar a la de su conductor. Lisa reconoció la canción, no por su nombre, pues ella no estaba tan interesada en ese tipo de música, sino porque la melodía se le hacía muy familiar. Envuelta en esa duda tan cotidiana ella le preguntó al conductor.

—Disculpe, ¿cuál es el nombre de esa canción?

Silencio, uno lo suficientemente largo como para que ella pudiera arrepentirse de haber hablado. *Qué demonios estoy haciendo, es un maldito asesino. Debería de saltar del taxi, no preguntarle por una estúpida canción.* El pánico comenzó a envolver todo su cuerpo como una venus atrapamoscas a su presa, su avance fue abruptamente detenido por las palabras del conductor.

—Esa, señora, es el tercer movimiento del *Verano* de Vivaldi.

El tipo estaba loco.

—Ya veo, me sonaba de algo, pero creo que nunca había escuchado su nombre.

Tal vez ella también lo estaba.

—No la culpo, no es tan pegadizo como los nombres de las canciones

de ahora. Aunque, si usted me preguntara, yo le diría que prefiero ese tipo de nombres. Tienen algo metódico y exacto que simplemente me cosquillea la parte indicada del cerebro —dijo el conductor.

Lisa se quedó en silencio sin saber qué más agregar a la conversación y en su lugar dejó sus ojos danzar por el interior del vehículo que ahora era su prisión, ella no había intentado abrir las puertas pero asumía que estarían bloqueadas e intentar solo la delataría como un peligro. Sus ojos se encontraron con un pedazo de información que le habría resultado muy útil si le hubiera prestado atención al subirse.

Era la licencia de taxista del conductor. Su nombre aparentemente era Michael DiMeo, el único problema era que el hombre en la foto de la licencia parecía tener más de cincuenta años y era completamente calvo. *Estaba justo frente a mí, si tan solo no hubiera estado hablando con el hijo de puta.*

El hombre que no se llamaba DiMeo volvió a estacionarse sin decirle nada. Esta vez estaban frente a un edificio departamental bastante maltrecho. La había llevado a una de las malas partes de la ciudad sin que ella se diera

cuenta. La canción de Vivaldi había dejado de sonar hace poco y en su lugar había una melodía que a Lisa no le sonaba de nada.

—Dame tu cartera.

Ella miró hacia el origen de aquellas palabras y se encontró con el conductor apuntándole con la pistola. Con sus dedos temblando, sacó su cartera de su bolsa de mano, él se la arrebató agresivamente sin dejar de apuntarle y rápidamente la abrió con una sola mano. Rebuscó en su interior, extrajo un objeto de ella y se la devolvió sin siquiera ver el dinero.

—Lisa Briar, esto será bastante simple. Bajaré un momento, le haré una visita a un viejo amigo, regresaré y te llevaré a donde necesitas ir. Si cuando yo regrese tú no estás aquí, te aseguro que te encontraré y, bueno, pareces lo suficientemente lista como para entender de que estoy hablando. ¿Me explico? —dijo el conductor mientras sostenía la identificación de Lisa en su mano. Ella asintió lentamente como respuesta.

—Muy bien.

Él guardó la identificación en su bolsillo y después salió del carro. El miedo no le permitió pensar claramente; así que simplemente se quedó sentada en su lugar

escuchando la música clásica que el asesino tanto parecía disfrutar.

Esta vez la espera duró más, pero el tiempo no le sirvió para calmar sus nervios. Vio a un par de personas pasar al lado del carro, desgraciadamente no pudo reunir el valor para hablarles. *¿Y si él sale justo en ese momento? Me estaré condenando a mí misma y a un alma inocente.* También implicaba que alguien la viera en el estado que estaba, con lágrimas alrededor de sus ojos y muerta de miedo.

Antes de que Lisa pudiera hacerse más ideas, observó al hombre caminar a través de la entrada del edificio. Había perdido sus aviadores y tenía una cortada en su mejilla derecha. Cuando él se acercó más, ella se dio cuenta de que había otra herida, una que probablemente era mucho más grave. Él se estaba sosteniendo el abdomen con una mano, la sangre corría entre sus dedos, mientras que con la otra sostenía su pistola.

Él abrió la puerta del conductor con dificultad y después se dejó caer en el asiento como si hubiera estado corriendo en un maratón y esa fuera la primera vez que descansaba las piernas en todo el día. Entre varias respiraciones pesadas dijo:

—Qué desastre.

Primero Lisa pensó que se refería a lo que fuera que había ocurrido dentro del edificio departamental. Después, se dio cuenta de que el conductor estaba viendo las manchas de sangre que había dejado en el volante y su chaqueta.

—Arranco en un segundo, ¿está bien? Tengo que arreglarme rápidamente.

Ella no dijo nada mientras lo veía extraer una gasa limpia de la guantera y colocársela en el abdomen. Él emitió unos cuantos gruñidos de dolor; al mismo tiempo, el antes fresco y relajante olor del interior del carro fue mancillado por el hierro de su sangre.

—Bueno, no soy ningún médico, pero espero que eso haga que todo se mantenga en su lugar.

—Si usted quiere puedo quedarme aquí, así podrá buscar ayuda lo antes posible —dijo Lisa.

La mirada del hombre volvió a congelarse.

—Eso no será necesario, tengo que llevarla a su destino. Además, tengo una parada restante en su calle.

Un nudo nuevo se formó en el estómago de Lisa al escuchar esa última parte. *Me va a matar, claro que me va a matar, soy una testigo de todos los asesinatos que ha hecho*

el día de hoy. Mierda, mierda. Entonces, una nueva melodía llenó el taxi. Era lenta, tranquila y la tocaba un piano solitario. *¡Ah, conozco el nombre de esa!*

—Esa es *Claire de lune* de Debussy, ¿verdad?

—Sí... un clásico bastante escuchado —dijo el conductor con dificultad.

La breve felicidad de haber reconocido la canción se esfumó tan rápido como había llegado y Lisa solo se quedó con el miedo y la incertidumbre de la situación. Al observar al conductor y su creciente palidez, una mórbida esperanza se formó en su corazón. *Por favor, que se muera antes de que lleguemos.*

Sus plegarias no fueron escuchadas, pues no mucho después ya se encontraban pasando por la calle en la que ella vivía. Aunque el conductor no lucía nada bien, seguía respirando para ese momento.

—Es en aquella casa del portón blanco, donde ese hombre está de pie —dijo Lisa viendo a su esposo al lado de su carro que estaba estacionado frente a su garaje.

—No entiendo como no me di cuenta antes. Señora, ¿su esposo es Robert Briar?

—Eh... sí. ¿Por qué? —preguntó

Lisa, pero ya conocía la respuesta.

—Nada, el mundo de verdad es un pañuelo.

El taxista se estacionó frente a su carro y ella pudo ver la expresión preocupada en el rostro de su esposo. Lisa se bajó inmediatamente pero se detuvo y se dio la vuelta. Había olvidado pagarle al conductor. *¿Dónde tengo la cabeza?* Cuando giró se encontró con el conductor de pie a un lado del taxi y apuntándole con su pistola.

El arma detonó dos veces y Lisa se quedó congelada esperando el dolor, o la sangre, o la muerte. Ninguna llegó. Ella había cerrado sus ojos y cuando los abrió vio que el conductor se había vuelto a meter en el taxi marchándose así hacia un destino incierto. Luego, miró atrás. Su esposo yacía en el suelo con un charco de sangre formándose alrededor de su cabeza y otro cerca de su pecho.

Al ver su rostro sin vida, Lisa recordó los videos que había visto durante el almuerzo. Las cosas que ese hombre había hecho con la mujer llamada Elizabeth, oh, y no había sido solo con ella. Lisa recordó la humillación y la frustración. Con esos sentimientos gobernando su corazón, ella se acercó al cadáver de ese asqueroso

hombre y le dio una patada en la cabeza.

Finalmente, Lisa entró a su casa, fue directamente a su habitación, cerró la puerta y se echó a llorar.

Una noche de trabajo

Eryck Alexander León



Fotografía de Peter Charlton. 2022.

I

Andrea va hacia la puerta a responder el llamado de unos golpes tras ella.

—Buenas noches —un joven uniformado aparece tras la puerta —, aquí está su cepillo y la pasta de dientes. Le cobro 79 pesos.

Andrea suelta un billete de cien y le dice que se quede con el cambio.

Son casi las diez y le queda poco tiempo para arreglarse. Se mete al baño y ve en el espejo su blusa que hace media hora le resultaba bonita como un insulto a la moda. Va rápido a voltear sus maletas y escudriñar en el mar de blusas que trae para toda circunstancia. Su inspección se interrumpe por la alarma que advierte cinco minutos para empezar. Se queda con la

misma blusa y coloca el tripié y su celular en él delante de la montaña de ropa que había construido. Tendrá que terminar de arreglarse durante la transmisión.

II

¡Al_doMZ se ha suscrito a tu perfil por un mes!

—Mil gracias, preciosos; si llegamos a trescientos terminando el *live* añado un 20% de descuento extra a las mensualidades y les doy una publicación de regalo.

—Afuera blusa.

—Épale, no se me aloquen, primero saluden.

Dime qué tú juega' y yo lo juego

No lo dejemo' pa luego, no...

—¿Y ese cuarto?, ¿dónde andas preciosa?

—Decidí darme un caprichito — Andrea usa su cámara frontal de reflejo para apoyarse a pintar sus ojos—, cayéndole un rato al solecito y a la playa —estira su rostro involuntariamente dando a sus labios la postura como si pronunciara la letra O.

Las luces de su tripié sofocan la pequeña habitación. Andrea se levanta para disminuir la temperatura con el control fijo a la pared.

—Ufff, acá también se siente el calorcito.

¡Al_doMZ ha donado 10dls!

—Afuera blusa.

—Aguanten, preciosos —Andrea toma asiento y dispone su atención a las notificaciones del teléfono—. Mil gracias, Al...do, te mando muchos besos, Aldo, ahorita nos quitamos esta cosa.

Que la luz ya se fue

Y la noche llegó, ey

Unos golpes en la puerta interrumpen las manos de Andrea sobre su blusa. —Chale... —Andrea voltea hacia la puerta—. Espérame tantito, Aldo, no me olvido de ti, voy a ver qué onda.

Desde la transmisión se ve a Andrea entreabriendo la puerta y volteando a los lados con el sobrepuesto de un desfile de comentarios.

—Ay, mil disculpas, preciosos, creí haber escuchado algo; pero ahora sí... en lo que estábamos —Andrea logra por fin quitarse la blusa.

—Alto capo, Aldo —una serie de comentarios siguen a éste vanagloriando la contribución de diez dólares del bolsillo de Aldo.

Quiero saber si usted

Quiere lo mismo que yo

III

Al_doMZ quiere hacer una videollamada.

Entre las transmisiones de Andrea, recibe pocas ofertas de videollamadas porque no muchos

están dispuestos a pagar cien dólares por hablar quince minutos con ella.

—No inventes, Aldo, muchísimas gracias. Ahorita mismito te hago la videollamada —su mirada se desvía de nuevo a la puerta, desde la transmisión se ve correr a Andrea para abrir y cerrar la puerta prácticamente en un segundo—. Bueno, preciosos, nos vemos en la siguiente transmisión, esta noche le toca a Aldo.

Andrea entra al perfil de Aldo y presiona el icono de la videocámara.

—Hola, Aldito, ¿cómo estás, precioso? —la cámara de Aldo está completamente oscura, compuesta con un granulado que se adjudica a la negrura cuando alguien cierra los ojos.

—Hola... —contesta una voz en susurros.

—¿No quieres que vea tu carita? —Andrea busca entrar en confianza con Aldo—. A lo mejor solamente quieres verme —resuelve levantándose de su silla y deshaciéndose de su short para dormir.

—Así... no me gusta —una voz rasposa se oye de la voz de Aldo.

Una vergüenza enorme atrapa a Andrea.

—Perdóname, precioso, qué te

parece si mejor me dices qué quieres que haga.

La respiración de Aldo aumenta.

Unos golpes ahogan la habitación nuevamente. Junto con la respiración de Aldo y los ruidos de la puerta, Andrea siente lo que ella cree que es un infarto.

—Chingao —Andrea voltea hacia la puerta—. Espérame, precioso, voy a acabar con este juego que se trae alguien aquí, pero te repongo tu tiempo, no te preocupes.

Desde la cámara de Andrea se aprecia, que a diferencia de la primera vez, tiene miedo al volver a sentarse después de observar tras la puerta de su habitación.

—Ya quedó, precioso... es que me andan molestando por aquí. — Andrea trata de mirar a cualquier parte menos a la pantalla de su celular, en un intento de olvidar que debe pasar quince minutos hablando con aquel bicho raro—. Entonces qué quieres que hagamos, precioso —aquella última palabra empieza a escoriar su boca, está cansada de repetirla cuando ni siquiera puede imaginar del otro lado de la pantalla alguna sombra. Sólo se oye la respiración alterada del tal Aldo.

Y de nuevo nos mojamo', pero en mi cama

Te vo'a dar tabla de surfear, yeh

IV

—¿Hola, Aldo? —Andrea comienza a preocuparse por el atropellado silencio, interrumpido únicamente por la respiración sibilante de su interlocutor.

—Voy a volver a tocar...

—¿Qué?

—Voy a volver a tocar... pero ahora voy a quedarme tras la puerta...

—¿Qué estás diciendo?

De nuevo los golpes ahogan la puerta de la habitación.

Andrea se congela en su asiento.

Los golpes vuelven disminuyendo el intervalo entre ellos. Son golpes desesperados.

—Ábreme...

—Ábreme...

Andrea siente esos golpes aprisionando sus sienes y la respiración de Aldo como si lo tuviera de frente.

Ey, ey...

Colección

Sofía Torres



Fotografía de un zafiro de cristal. 2008.

Salustia abre la puerta y ve a sus queridos apilados en la mesa, hay de color azul, café y verde. Está muy orgullosa de todos. Agarra dos y les pasa la lengua. Los años vuelan y la sensación no se marcha, una felicidad que supera con creces al viento de la noche entre los árboles del patio, al crujir de hojas en otoño y al sonido de ranas que piden agua en noches de sequía. No hay nada más allá de su gran colección, la piensa cuando está lejos de casa y la sueña cuando tiene que dormir, dejando la consciencia por obligación del cuerpo.

En las madrugadas, con el silencio acompañante y una silueta humana asomada por el gran tragaluz, Salustia recuerda su infancia. Miradas de burla,

angustia y horror. La vieron más de la cuenta, le clavaron las ventanas del alma y ella nunca pudo asomarse a ninguna, encerrada en sí misma, desnuda ante personajes crueles. También se acuerda del día cuando se le rompió la mente y todo fue bruma después, sopor en el ensueño. Casi inmediatamente comenzó la colección, primero ejemplares diminutos, luego más grandes, más viejos, o verdaderas rarezas que no se encontraban a cientos de kilómetros a la redonda.

Salustia es hábil para cuidar de su conjunto, para evitar que se convierta en algo desagradable. Lo mantiene sin polvo como el mejor mayordomo y lo acaricia como madre amorosa que ve un milagro en su hijo, maestra taxidermista. Todo es bueno para la joven y sus preciadas ventanas; ya no tienen brillo, pero ahora sí puede ver en el interior. Ellas la miran, Salustia mira, un perfecto vaivén de intenciones que se renueva cada mañana, cuando entra sin ropa en la tina y se siente observada por la colección en la mesa, tiembla en el agua y pronto llora camino al trabajo al sentir la lejanía.

Hoy Salustia llegó tarde. Abre la puerta y todo se ha perdido, sus joyas azules, cafés y verdes están

profanadas, hechas trizas. Corre hacia los pedazos y grita porque ya no pueden verla. De la cocina trae dos cuchillos e incrusta las puntas con fuerza en sus ojos. El cuerpo cae sobre los restos y una silueta acecha por la ventana sin hacer el menor ruido, sujetando un martillo; está pensando que mira directo a la tristeza.

Muchacha

Wendy Sánchez Barrientos



La femme aux figues (1894), Paul Gauguin.

Durante muchos años no me sentí parte de una sociedad, no me sentía a gusto conmigo y me incomodaba participar en conversaciones bulliciosas; "la Muchacha" era como me decían, como si no tuviera un hogar, como si no tuviera alma...

Durante muchos años observé la perspicacia, la desgracia y la autoridad; no me sentía como una persona, pero ¿por qué el limpiar el vómito y la mierda de un baño, es sinónimo de vergüenza? ¿por qué el doblar, planchar, lavar o secar ropa, era falta de pudor? ¿por qué acepté que valía tan poco? no lo comprendí, ni lo comprenderé.

El buscar cómo sobrevivir es un tema tabú, un tema que hasta los más poderosos evitan. ¿Por qué, he pues, dejar de ponderarme? ¿Por qué he dejar de verme como una persona?

Durante años me odié, me daba asco verme al espejo y observar una simple gata (o eso decían mis patronos). De culparme por nacer, de no tener ese poder que te engrandece como persona, ese que sirve para realizarte y vanagloriarte. (Al menos eso decía la Ana: el poder es querer). De reprocharme múltiples veces que todo era mi culpa, de luchar por la vida y vivirla, creyendo que algo nuevo pasaría.

¡Otra vez tú, ya te dije que no sabes hacer nada, maldita muchacha, ahora ve a limpiar, que para eso sirves "ensuciar y limpiar"! Ensuciar y limpiar: durante años esas palabras se quedaron grabadas en mí, sí, solo sabía hacer eso, era mi propósito de vida, ¿no?

¡Muchacha ve a la tienda y cuidadito se te olvide algo eh, que ya verás cómo te va! Ni de broma se me reteolvidaba algo. Durante años creí que mi memoria era mala, que no podía ni hacer una simple cuenta, porque al final de cuentas, era la muchacha, ¿no?

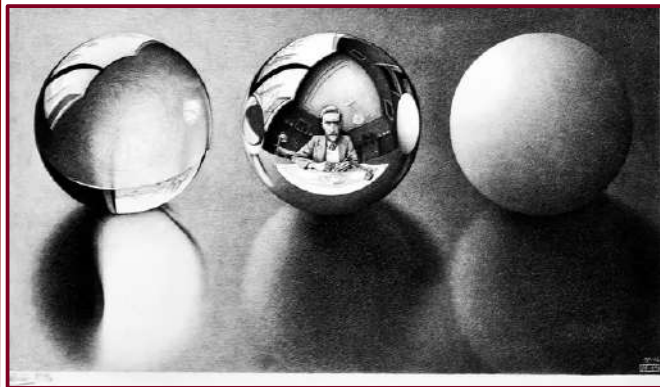
¡Condenada muchacha! Ya se perdió mi arete de oro, de seguro fuiste tú, sí, porque tu papá anda enfermo y necesitas para las medicinas. ¡Pero esto no se va a quedar así! Durante años no me

quedó más que agachar la cabeza porque al final de cuentas, nosotros somos los extraños que llegamos a casa ajena, ¿no?

Años y años, sí, millones de años pasaron para que abriera los ojos, pero fue demasiado tarde, las marcas del corazón cicatrizaron, sin embargo, durante las noches me duele mucho, no soporto el dolor. Escucho una y otra vez los gritos de la patrona, las manos del patrón, los jalones de los niños, las acusaciones de mis padres al decirme que era una arrastrada: tenía tan solo quince años, cuando ellos me mandaron a Michoacán. ¡Iche! ¿Te sorprendiste? Sí, yo también. Ahora te cuento todo sentada en mi sillón de hace cincuenta y tres años, pienso y digo “soy una persona”, “tengo un hogar”. Muere la muchacha, tengo nombre al fin.

Tres esferas II

Francisco Reyes López



Tres Esferas II (1946), litografía del artista holandés M.C. Escher.

Dedicatoria a Don Francisco Reyes, quien me mostró la pasión por la literatura y por la incursión en libros clásicos, especialmente, latinos y griegos.

Fortis Imaginatio generat casum.
C. Agrippa

Recuerdo haber leído el viejo *Liber Fictionum* de Merlinus Coccaius, una historia cuya experiencia verosímil ha dejado a más de un lector en la perplejidad. El nombre del personaje es lo de menos, puede ocupar cualquier azarosa combinación algebraica que el oyente desee. De imagen colorida y titubeante memoria, me dispongo, con poca autoridad, a referir el hecho. Alguna intervención apócrifa dejará escapar la portentosa imaginación. Tal vez

sea el lúcido caso de autodestierro, cuyo origen se previó en un sueño. Era una narración que comenzaba con la descripción rabelesiana del aspecto físico del personaje (la sátira no quedó atrás con la técnica disgregadora y la entonación dionisiaca), cuyo suceso era dirigirse hacia un bosque o un *locus amenus*. Luego —si se puede leer así— remontaba a sus sueños infantiles. Allí se conjugaba pasado y presente, infancia y ¿juventud o vejez? Posteriormente habría una revelación epifánica que culminaría en el destierro de su identidad. Dejaría detrás su cultura para sumergirse en otras mismas. Llegó, en la oscuridad, el zarpazo ciego del destino. Concluyo, con cierta inocencia, que todo el libro cumple una función alegórica. Sin mencionar que mi temporalidad me impone una lectura basada en la vertida traducción del latinista Cabral Calvo. Aunque, por cierto, se ha dejado algunas marcas léxicas o vicios de una antigua traducción del griego; según la confesión que nos hizo en una tertulia, ha intentado trasponerlas.

En fin, no estoy para juzgar una versión o para pensar en el argumento, sino en el incidente del propio personaje y su tragedia.

Esbozo los ejemplos menos estilísticos del autor: *Profaná, mediante la imaginación, el cuerpo de múltiples mujeres y la vida de los hombres. Buscó la fe en sí mismo y encontró desdichas.* Estas líneas parecen más una confesión del autor que del personaje; más adelante, con un tono menos cómico, sigue diciendo: *Dime, nuevamente, ¿en qué momento debo abandonar mi patria? Muéstrame mi vida, el otro del sueño, y el león o tigre que tanto he engendrado. Quiero verle las polaridades al Sol. ¡Oro del eterno líquido! ¿Dónde hallar aquellas puertas de la unión del alma y del cuerpo? Muéstrame, sueño, el sueño que me has determinado.* Las curiosas sentencias poseen algo de metafísico o, quizás, frecuencias místicas. Se conoce que la historia se distribuyó de generación en generación con irónica soltura. También, la vitalidad de aquella ficción ensombreció la figura de su forjador. Pues de aquel escritor latino poco se conoce. Habría de agregar que la vivida aventura alegórica poseía el ingrediente esencial del arte: mitad espejo y mitad sueño. Más extraña aún fue la manera en que aquella operación mental ha desmedido la memoria de los hombres. Yo fui testigo del

acontecimiento de alguien.

*

El aroma naciente del suave brillo lunar entró con el vaivén de los árboles. Medité. En la pared rosada se lamentaba un reloj, cuya atadura iba de derecha a izquierda con cinta adhesiva. Nunca lo cambié. Se condensan mis días en la música minuterual. Seguí meditando, y a fuerza de pensar y sentir, pude llegar a una profunda extensión infinita, tanto que pude verme en todas partes frente a mí. Cuando miré nuevamente, el reloj ya se encontraba lejos de mí; sin embargo, una firme voz transgredió mi proyección.

—¡Ya estoy aquí! —las palabras casi siempre pensadas, y con algunas pausas para neutralizar ese acento dialectal del sur, resonaban.

—En un momento salgo —acentué con voz moribunda.

Tal es el exceso de distracciones en el mundo que me hicieron olvidar la reunión. Tomé las solitarias monedas que se escondían debajo del estante. Un polvo acaroso ascendía y danzaba sobre los libros más próximos. Salí.

—Pensé que habías olvidado nuestra tertulia pospuesta.

—No, solo estaba acostado. Además, aún es temprano, falta

media hora.

—Sí, lo sé, pero, aunque nos hagamos diez minutos, quise llegar temprano; además, nuestro colega había mencionado que una amiga suya quería intercambiar comentarios sobre literatura. Ya sabes que siempre que llega un invitado nuevo, es un placer recibirlo. Pregunto de dónde es, sus intereses; aunque sean tímidos siempre hay una buena conversación. ¿Sí o no?

—Eso es cierto.

Me reía en mis interiores, pues cuando al tertuliano Dr. Luna se le presentaba con nuevas personas, se volvía automáticamente un hombre culto; sin embargo, su estilo vivaracho y popular era una faceta poco conocida. Me superaba en edad y mucho en versación, tenía un gusto afinado y selectivo, de modo que podía leer con provecho a Gracián, Góngora, Quevedo, a los poetas metafísicos ingleses, cuando yo apenas salía de la prosa del Siglo XV español. Cedía horas interminables a la lectura atenta y meditada, despreciaba a aquel para quien la lectura sólo era cuestión de minutos. “El alimento del alma”, decía. Destacó en proverbial inteligencia; sin embargo, no profesó la genialidad.

—Buenas noches, un gusto. Dr.

Luna para servirle. Como sabrás por mi buen amigo Cabral, este es un espacio de conversación sobre diversos temas que evoquen la literatura. Cualquier opinión se le escuchará con respeto...

Así, lentamente, comenzábamos. Nuestras voces desprendían plata y rubí, chispeando como monedas, una por una formando una suave armonía de himno. Las risas sacudían el aire gris, vibrando como cuerdas y expandiéndose como ondas. Crujía la oscuridad cuando nuestra barbárica sazón de alegría y vivaz elocuencia iluminaban el pequeño cuadro que formábamos. Tanto es así que Benlliure pudo habernos retratado ya.

Desfilaban los platillos más extravagantes. Y había una suerte de contemplación, que solo podría disfrutar de la experiencia de comer y no de la comida. La redonda agua de luz marcaba nuestra partida. Antes de abandonar el lugar, Paloma, la nueva integrante, propuso que se continuara sobre la literatura latina; especificó que se leyera al autor Merlinus Coccaius, además, era una forma sutil de promover la traducción inédita al castellano de aquel libro. Acordamos y, calurosamente, nos despedimos.

**

Intento aprender a ver bajo la vida en que ya estoy mirando. La mesa no es ya la misma, cambia en su aroma, gime del doliente mundo, pues a su carga la espalda crece. Busco el pincel y el lápiz, con parejo encanto de color vivido y letra, reproduzco el extraño tiempo. Me pregunté, al arrear el alba, ¿qué lenguaje será aquel que mi alma descifra, canta y afina? Es distinto de lo ordinario que suele ser. No dudé que propiedades de la naturaleza se me vincularan íntimamente con personas.

Pensé como detenido en el tiempo. Aguardé, y escribí:

Ese libro, objeto sagrado, vio en mí, una suerte de hospitalidad. Pues se abrió en imágenes, símbolos, jeroglíficos... montados en un puente como un ave que marca errante su paso, dieron su nido en la comarca de la creación o de la mía. Concluyo que no estoy en las voces del sueño, sino en el eco abstracto del libro.

Envié, sin corrección alguna, este comentario del *Liber Fictionum* al Dr. Luna. Mi ausencia era la tercera en las reuniones. Me había perdido los puntuales y escrupulosos hallazgos del latinista Cabral Calvo en una obra influenciada por esta. Su

comentario crudo y, a veces, nebuloso, lo hacía un estilístico respetado. Recuerdo que llamó “prosa de sonajero” a la última publicación de un poeta nacionalista, lo que al Dr. Luna, le causó gran molestia, pues lo admiraba con encanto, tanto así que había recreado un monólogo — de este poeta— sobre sus andanzas amorosas. Nunca se discutieron sus preferencias literarias.

—Mira, Cabral será muy experto en Varrón, Juvenal y Persio. Pero nunca le ha dedicado una buena página a nuestra literatura nacional, y si lo ha hecho, siempre ha sido para rebajarla de propagandismo —salían en picada las palabras del Dr. Luna. Claro, siempre cuando no había nadie.

—Bueno, es que...

—Y sabes qué más, si un autor no menciona sus raíces clásicas o refiere tradiciones, automáticamente, para él, será mejor mutilarlo.

¿Qué decir? Darle la razón o no. Aunque está claro, de alguna forma, debía agradecer el Dr. Luna su estancia burguesa, ofreciendo la mielada y simpática crítica a revistas. Siempre esa silueta que cambiaba de elegante y porte fino, a un zarrapastroso barrigón que se

extendía como un manto de cárcel y carne. Con zapatos tan espejosos de su mismo rostro carnavalesco que ni el mismo manantial podría reflejar. Aunque cada palabra de él era una silenciosa angustia.

Cierto día, me confesó que heredó el miedo de su padre. De doce años, enseñaba entre doctos los problemas esenciales de Husserl; sin embargo, durante aquella plática, lo invadió una desesperación. Salió al jardín e intentó tranquilizarse. Se imaginaba siendo abandonado por sus padres. También sé que, del miedo a cierta epidemia, regresó con rapidez al pueblo. Siempre vio el miedo donde no existía o parecía existir.

Durante estos días de ausencia, creyó que me tenían secuestrado. O algún misterioso padecimiento que no me atrevía a revelarle.

—No siempre estaré disponible para salir. He querido estar en casa, nada más —le asentí suavemente.

—Qué preocupación me has dado. Dime si alguien te tiene así, inhibido, que yo mismo me encargaré para que pronto regreses a las reuniones. Hemos estado comentado el mismo libro de *Liber Fictionum*. Y así seguiremos hasta que regreses —dijo con un vaivén

de bailarinas manos.

—Ya lo sé. No he fallado con mi comentario. Solo que me ha seducido con ahínco la soledad —dije; extrañamente estas palabras parecían más ficción que realidad.

—¿Cuándo volverás?

Su eco onduló sobre las paredes rosadas. Su ansiedad se intensificó infinitamente, tanto que se volvía muy difícil dialogar. La amistad nos abandonaba con fervor. Aunque no sabía con precisión qué me estaba seduciendo.

Justo cuando bajaban las sonoras espadas del sol, crucé la puerta. Y, del otro lado, ya no era ni el espacio en que solía estar. Caminaba el blanco azulejo: del piso a la pared. No recordaba qué color de caracol colmaba antes de cruzar. Ni la estampida escama de violeta que tintineaba ese reloj. Un verde ruido irrumpió el pensamiento. Oscuro iba en mí. Tres escaleras fuertemente enumeradas. La campana era un compás que indicaba su cambiante posición. ¿Debía entrar en alguna o debía despertar? Desconozco qué voz brillante dijo que cada evento seleccionado se multiplicaría. Si entraba en la primera puerta era el Dr. Luna y yo, hace tres años cuando nos conocimos. Y también,

el fallecimiento de Francisco, que, gracias a él, lo conocí; o en la segunda, de años en juventud nutriéndome con sus enseñanzas de crítico literario; o la tercera, un Dr. Luna convertido en un largo olvido, no sería el hombre, ni la palabra, sino una memoria incolora. Alguien eligió por mí. Mi acontecimiento era doble o triple, o quizás, sucesivo como los múltiples pares o impares.

Allá donde el mimetismo se confunde con la realidad, contemplé la paloma blanca surcando, vastamente, el espejo del cielo. Objetos irreales, quizás. Y segundos, y minutos, y horas, y días, y semanas, y meses, y años, y, el tiempo, se derramaba ante mis ojos. Creo haber recordado esa silueta, o haberlo visto en otro tiempo, no lo sé, pero me voy acercando.

Ayúdame con una moneda,

Forastero, acércate dos pasos

Y escucha entonar este gorrión:

*Qué extraño camino, sueño de seda,
Imaginas o imagino, juego en hado,
¿has despertado o has soñado?
O ¿la tarde misma te engendra?*

Incliné las dos únicas monedas a su mano y me marché. Aunque es extraño, para mí, ver a un hombre con traje pedir dinero. Aun más

cuando sus guantes blancos resplandecen en cada tono, o el birrete para poner las monedas. Regresé a la biblioteca.

—Quisiera llevarme este libro que menciona Plinio el Viejo. Yo conocía este libro de Coccaius antes de que lo mencionara Plinio, porque... —me dijo un joven.

—Claro, ¿tienes identificación? —le dije aburridamente.

Su aspecto tan decreciente era una suerte de burla divina. Esos ojos hundidos sobre la nieve; su elocuencia pedante, repetía a rajatabla cualquier comentario sin antes procesarlo, una especie de erudición impostada. Sin mencionar esa carcajada gris y hueca que invadía mi espacio. Sus manos se iban a sus varillas enterradas en la casposa cabeza.

Mi interior movió la pluma y la hoja para poder decir algo. Transcribiré el resultado de una escritura automática:

Hoy, abril, he estado en una cultura latina; he transcendido de palabra en palabra, de nombre en nombre, una lectura bastaba para revivirme. Soy entre uno, muchos hombres. He recorrido el latín, el occitano, el persa, el inglés, el castellano. Todo pasa y el creador muere, si es debido, como una

pregunta sin respuesta. Merlinus no es más que la idea de un inventor, no me inventó, sino yo lo inventé a él. El regalo nos lo dio el hombre, cuyo valor radica en su arte, no en su figura. Más real soy. Un fenómeno no experimental, no descriptivo, acaso más fiel al espejo. En cada lector una huella dejo. O una múltiple huella. Renazco y me reinventan. ¿De quién pertenece la memoria? ¿del personaje o yo? ¿del hombre o la creación del hombre? Mi identidad se pluraliza. Por eso me autodesterré para poder desterrar a otros.

Concluí con miedo y angustia que el personaje memorable que habitaba en el *Liber Fictionum* había hurgado, con desespero, en mi memoria. Al leerme las pistas eran claves. ¿Poseía otro tiempo? ¿A qué tiempo pertenezco? Ni los versos más lúcidos de Coleridge, ni la más refinada prosa de Menard, tampoco ninguna precisa palabra del Aleph de Katchadjian, podrían volver a reinventar mi realidad. No sabía si me había convertido en una ficción o había salido del sueño. Nunca supe, ni sabré, quién dictó esta historia. Al menos, estoy seguro de que fui una imagen espontánea.

Jazmín color caribe

Sara Cámara



Pintura de Claude Monet. 1885.

Me hallaba estancada. Nadie me había advertido que ser artista era la forma de tortura más bella que existía, y honestamente lo disfrutaba.

Tal vez soy masoquista.

Habían ocasiones en las que mis obras terminaban siendo más insulsas que cualquier otra cosa, sin sabor, agrias, desabridas. Hacía mucho que había dejado de ser artista, y ahora solo me dedicaba a pintar por encargo. Alessandro alguna vez me dijo que me veía como una gran artista en el futuro, que verdaderamente había nacido para ello; ahora esas palabras quedaron como globos de diálogo en mi memoria. Alessandro se fue y me quedé acompañada de la soledad.

La vida seguía transcurriendo, el café era el mismo y el chocolate amargo seguía siendo dulce. Estaba comenzando a podrirme en mi estudio, en mi cama, en mi mente.

—¿Cómo pretendes seguir viviendo de esa forma?, ¿acaso eso puede llamarse vivir? —me dijo alguna vez Lilia. Lilia era escritora y mi mejor amiga, la cual conocí gracias a Leonardo, un viejo amor mío.

—No sé si tengo derecho a morir siquiera, Lilia —me miró compasivamente y acto seguido me abrazó. Creo que sus abrazos siempre fueron la mejor cosa del mundo.

Ella solía ser muy cálida y realmente la quería. Cuando no estaba ocupada escribiendo, iba a visitarme a mi pequeño nido artístico, esperanzada de poder alegrarme un poco la miseria que me quedaba de alma, y la verdad es que funcionaba bastante bien.

—Hay una exposición que creo podría gustarte, es del impresionismo. —Lilia sabía que ese era mi movimiento favorito. Mis ojos muertos volvieron a la vida por un momento.

E Gracias —sonreí.

—No podré acompañarte, pero en serio espero que vayas.

Ahí me encontraba yo, frente a los cuadros de Claude Monet. Él fue mi inspiración para adentrarme en el pútrido mundo del arte. Sus pinturas me hacían sentir que el mundo era igual de colorido que sus lienzos, y que pintar era liberador.

—Los nenúfares tienen un poder hipnótico, ¿verdad?

Una agradable voz masculina me sacó de mi trance utópico.

—Bastante, creo yo —dije, sin sacar mis ojos del cuadro.

—Claude, un gusto.

Una cálida sonrisa se hizo presente en su rostro.

—¿Está seguro que no...?

—Jajaja, lo sé, es poco común la coincidencia.

Claude Durand. Francés, 22 años, recién egresado de bellas artes. Tez clara y un cabello rojizo hipnótico, complexión sutil y agraciada pero de presencia fuerte, con una esencia a naranjo y cedro.

—¿Sería muy imprudente preguntarle si tiene planes para después?

—Al contrario, estoy libre.

Fuimos a tomar un café, charlamos un poco de todo y nada, y a decir verdad era un muchacho sumamente encantador. Así pasamos los siguientes tres meses, yendo de museo en café y de arte a

libros en cama hasta que decidimos entablar una relación.

Había salido parcialmente de mi depresión y estaba medicada. Claude estaba al tanto de ello y me tenía paciencia. Era dulce, inefable, enigmático, cálido y sutil. Sus besos sabían a maracuyá, melón y granada; y su mirada siempre me dio aires al mar del Caribe.

Comencé a amar el arte de nuevo. “*Claude, mon cher...*” Era mi numen. Era oro, plata y esmeralda; era café, verso, prosa y también mi posesión más preciada.

Los meses comenzaron a transformarse en años, y con el paso del tiempo mi medicación comenzó a perder efecto, hasta que la desesperación me consumió. El alquitrán me sedujo y la cafeína se volvió mi elixir para mantenerme en pie.

—Lo sentimos, pero no creo que haya algo más que podamos hacer por usted.

Lilia se cansó y se fue. Aquel rayo de luz se desvaneció de mi vida y con justa razón. Pobre flor, no merecía marchitarse junto a mí. Por el contrario, Claude seguía ahí. Nunca supe si fue amor, apego o simplemente costumbre, pero siguió ahí, implacable ante la tormenta que estaba por acercarse.

Comencé a ser cáscara, mi alma había dejado mi cuerpo y mi obra se hizo eventualmente, negra. No lloraba, no sentía, y la cama se hizo fría.

El sexo se hizo rutina, sin embargo, no lograba evocarme algo.

—¿Claude?

—Dis-moi, ma chère.

—Ven, estoy en la cocina.

El silencio se hizo presente, o mejor dicho, me recordó que siempre estuvo ahí.

—¿Claude?

Nada.

—¡Claude!

Exploré mi departamento. Pequeños rizos rojos se asomaban por el sofá.

—Claude, por qué no...

No había nadie detrás del mueble.

—Claude...

Estaba sola, la cena estaba lista y juraría haber escuchado que me contestó. Había hablado con él hacía menos de 15 minutos. Caí en cuenta de lo aislada, deprimida y posiblemente drogada que estaba.

Claude no regresó jamás. Se fue sin dejar rastro alguno. Comencé a soñar con aquellos rizos color carmín, y sus ojos azul Caribe me seguían a todas partes. Sus ojos los hallaba con cualquier persona que me dijera que tenía todo lo que siempre buscaron.

Dejé las píldoras y las cambié por cuadros. Café, tabaco, café, tabaco, LSD. Café, chocolate y mango.

—Claude...

Nunca supe por qué se desvaneció aquella tarde. Nunca supe si verdaderamente había hablado con él. Claude se había quedado ante cualquier inclemencia, ¿entonces por qué se hizo espuma tan espontáneamente?

Me había llamado una última vez.

—¿Quieres que te lleve café?

Cenaríamos papas gratinadas aquella noche, tomaríamos vino y tendríamos sexo después. Claude me prometió hortensias y yo le prometí jazmines.

Esa noche alguien tocó la puerta.

—¡Claude! ¡Mi amor!

Lloré desconsoladamente, lo abracé, puse las flores en agua y esa noche comimos papas gratinadas, tomamos vino y tuvimos sexo.

Él nunca supo que se fue. Él nunca supo que desapareció toda una vida y nunca supo que sus ojos los encontraba en el patrón de la encimera de la cocina, en el espejo, en mi almohada, en mi cara sin rostro.

Claude lloró al ver que mi cabello castaño se volvió al mismo color

del suyo.

Él dejó de llorar, y me abrazó. Claude nunca volvió a llorar.

Lo besé, lo amé una última vez, y supe por primera vez a qué sabía el amor carmín.

—Tal vez deberíamos dejarlo aquí.

Fueron las últimas palabras que salieron de su boca, y acto seguido, colgó el teléfono. Extrañamente no me sentía con la necesidad de llorar, y hasta la fecha sigo sin llorarlo. Sé que los meses van a transcurrir y todo volverá a tomar su ritmo habitual... digo esto, pero en realidad la vida siempre siguió de la misma forma. Tan natural como cuando lo vi, tan normal cuando nos besamos y tan simple como cuando me dejó ir.

Sabía que no tenía nada que pedirle, absolutamente nada que reprocharle y mucho menos motivos para odiarlo. Él tal vez me odie por mucho tiempo, tiene un motivo y no lo culpo, aunque me duela un poco aceptarlo. Lloré en mis sueños, y le lloré treinta minutos aproximadamente. No más ni menos.

No me preocupa saber algo sobre su vida ni lo que ha hecho en estas últimas semanas. Sé que me olvidará pronto, lo siento en el pecho y en el alma. Yo lo guardaré

en un lugar especial, un noble cajón que tendrá gerberas, mangos, chocolate blanco con galleta e inundado en jazmines. Ahí quedará guardado y tampoco tengo intenciones de que se mueva de ahí. Un cajón hecho de oro, recubierto con terciopelo verde, que estará dentro de esa pequeña caja de cristal dentro de mí.

Es entonces cuando la sociedad espera que me martirice, me desgarré, sangre y muera por dentro. ¿Culpa? Tampoco.

Mis manos se hicieron rojas de amor por un momento.

Nadie lo vio desde que supieron que nos dejamos de ver, habían notado su ausencia. “Depresión”, dijeron varios. Nadie sospechó nada y yo tampoco sospeché nada de mí.

Todos entraban a mi departamento, y todos salían como si nada.

—Ay, supongo que debe ser difícil para ti.

—Un poco, pero al menos no ha dejado de vivir.

Así pasaron tres semanas, seis meses, y nadie decía nada. Ni yo.

Recogía la basura, hacía mis quehaceres, y mis sábanas sintieron distintas pieles. Todos seguían como si nada, incluyéndome.

—¿Por qué nunca hablaste sobre él?

—Lo guardé en una caja, muy dentro de mí.

Suena bastante convencional cuando se trata de una ruptura, y seguía sin sospechar de ella misma. Claro que no sabía que ella nunca dejó pasar a alguien más; y las pieles que pasaban sobre ella y sus sábanas eran restos de los recuerdos que alguna vez vivió con él, pero con distintos rostros.

Literalmente lo guardó en una caja de cristal después de cometer su acto de amor más grande: dejarlo ir. Esa misma noche fue a buscarlo, se enredaron en las sábanas y con toda la excitación y tristeza le arrebató lo único que a él verdaderamente le pertenecía. Se hicieron uno. Se comió su alma. Su cuerpo lo embalsamó, con suma delicadeza y amor, lo envolvió, y lo guardó para ella sola en una caja de cristal.

—*Mon cher Claude...*

Rio eufóricamente hasta llorar, hasta gritar y desgarrarse por dentro. Acto seguido, le entregó a él lo único que verdaderamente le pertenecía a ella, y ambos terminaron resguardados en ese cajón de oro y terciopelo verde tapizado de jazmín.

Nadie notó su ausencia, nadie más que aquel arbusto de hortensias y esa enredadera de jazmín.

El bautizo

Marisol Hernández



Memorial a Manuel Rodríguez Sánchez.

En un caluroso domingo de agosto, celebré el bautizo de mi primer hijo, y además mi quinto aniversario de boda. Hacía algunas semanas, mi esposa había dado a luz a nuestro primogénito, un bebe risueño, con los ojos claros de su madre; lo llamamos Luis. Los familiares más supersticiosos de ambos lo consideraban un milagro, Sofía y yo, por otro lado, estábamos llenos de alegría: casi desde que nos conocimos, antes de la guerra, habíamos querido formar una familia.

Celebramos el bautizo en la casa de mis suegros, quienes, a pesar de las restricciones de la posguerra, nos habían dado todas las

comodidades debido al importante acontecimiento. Con Luis en brazos, me acerqué a mi suegro.

—Se parece mucho a ti, vi una foto en casa de tu madre. Felicidades por Luis y por las bodas de Madera... cuando el niño sea mayor, deberían irse de vacaciones, ya que no disfrutaron su luna de miel.

Mientras me sentaba con Luis, en la sala de la casa, recordé los atropellados acontecimientos de mi enlace nupcial. Finalmente, después de un largo año de preparativos, Sofía y yo nos casamos en Madrid, en la Parroquia de San Miguel y San Benito, el 28 de agosto de 1947, en un día soleado de verano. Por la tarde, en la recepción, un amigo se acercó a mí, llevaba una copa de vino en la mano.

—Nacho... ¿Recuerdas que Manolete no pudo venir la fiesta? Mala suerte, le han dado una cornada, nada importante.

Tomando de mi propia copa recordé que Manuel y yo nos habíamos prometido vernos en Córdoba, al parecer él estaría convaleciente. Se lo comenté a Sofía, ella conocía de sobra mi amistad con el diestro. Aunque nunca fui un aficionado a los toros, habíamos sido vecinos y

compañeros del colegio, aun cuando yo me fui a vivir a Madrid, para heredar la barbería de mi padre, y Manuel se buscó la vida como matador, seguimos escribiéndonos, además de visitarnos asiduamente cada que podíamos, para ponernos al día sobre nuestras vidas.

—¿Ver a Manolete? Claro... su casa es muy elegante, copiaré el estilo para nuestra casa.

Hospedados en el María Victoria, desperté con Sofía en el primer día de nuestra vida en matrimonio, bajé al *lobby* para pedir el desayuno. Allí, consulté rápidamente los periódicos, leí en la página principal de “Informaciones” donde a primera plana ponía “Ha muerto Manolete”. Poco recuerdo de ese momento, solo el subir rápidamente a la habitación donde escuché algunas conversaciones hablando del tema.

—Ha sido un toro de Miura... murió en la madrugada.

—¡Sofía! ¡Las noticias!

Mi esposa leyó rápidamente el titular; se acercó hacia la ventana, era muy temprano y el sol aún no había salido del todo.

—Habían dicho que era una cornada leve...—el rostro de Sofía se mostraba triste, le había presentado con Manuel antes de que él se fuera de viaje a México—

creo que deberíamos ir a Córdoba... seguro tu tía ya lo sabe.

—Si salimos ahora llegaremos a medio día.

Después de guardar el equipaje salimos en el auto hacia la ciudad donde Manuel y yo habíamos pasado nuestra infancia. En las primeras horas quisimos evadir que iríamos a un funeral; hablamos de la boda, de los planes de la luna de miel y de los múltiples regalos que habíamos recibido, el tema inevitablemente llevó a la suntuosa vajilla que el diestro nos había enviado, con una nota excusándose por no asistir a la ceremonia, “Mis más sinceras disculpas, reciban mis más amorosos deseos y la mejor de las suertes, Manuel Rodríguez Manolete”.

—Ahora me dará pena usarla...

—Bueno, será de mala educación devolverla, seguro Doña Angustias no estará pensando en la vajilla.

—Eso es cierto... es una pena, ya que se conocían desde niños.

Mientras conducía, recordé el hecho cuando Manuel y yo comenzamos una amistad, más allá del tratamiento de rigor que tienen los vecinos. En el verano del 32, regresé a Córdoba después de haber pasado un tiempo con mi padre en la Capital, una vez

instalado con mi tía Mercedes, ella me dio las tareas correspondientes para apoyarla en la tienda de consumibles de la que era propietaria, me encontraba ordenando algunas latas de garbanzos cuando mi tía, me llamó, entregándome una lista de productos.

—Ve a dejarle estas cosas a Doña Angustias...

—Claro.

Como todos los que vivíamos en la Plaza de la Lagunilla, conocía a Doña Angustias, viuda en dos ocasiones, madre de 5 chicas y de Manuel, unos años menor que yo, a quien siempre había visto como un muchacho delgado y retraído, aunque buen estudiante.

Cuando llegué a la casa, una de las hijas me dejó pasar hasta la cocina, apenas dejé las bolsas en el comedor, me preguntó:

—¿Has traído las manzanas? —dijo Angustias hija, la segunda en la familia de los Rodríguez— Manuel quiere una manzana...— acerca de ella, junto con Dolores, había rumores escabrosos corriendo por el barrio, los más intrépidos decían que eran prostitutas, aquello parecía tener sentido, debido a la situación familiar.

—Sí... tenga...

—Tú eres el hijo del barbero, ¿verdad?

—Sí... —miré a la mujer, era guapa, no arrebatadora, pero para un joven como yo, no estaba mal. No podría decir cual era su oficio, solo con verla. Me pidió cortarle el pelo a Manuel. En pocos minutos regresé a mi casa por los trastes necesarios, Angustias me condujo hasta la habitación del fondo; allí, en una cama, vi al hijo menor de los Rodríguez, medio dormido, vestía un pijama de algodón, había crecido, su rostro se había alargado, seguía muy delgado, me reconoció.

—Ignacio... pasa.

—Manuel... ¿Estás enfermo?

Angustias me miró, como si me hubiera perdido de una noticia importantísima.

—¿Qué no lo sabes? Manuel es novillero y le han dado una cornada —se acercó a su hermano para darle la manzana, le movió la sabana, dejando ver una pierna vendada.

—Lo siento...

Manuel suspiró, comiendo la fruta con calma, despreocupado de su herida, después de una breve conversación, le rasuré apenas una barba incipiente. La habitación estaba completamente en silencio, no obstante, al tocarle el cabello

dio un brinco.

—No muy corto... o no pueden ponerme el añadido.

—Claro... —al escuchar hablar a Manuel me di cuenta de que, aunque ya se había vestido de luces, no había podido deshacerse de un defecto infantil, la capacidad de pronunciar bien la R, lo que le daba a sus palabras un tono revuelto—. Listo...

—Gracias... cuando esté mejor, deberías de venir a verme torear.

—Ahí estaré, lo prometo.

Sobre la promesa, nunca la cumplí. El tiempo pasó, me fui a vivir definitivamente a Madrid cerca del final de la Guerra. Vi a Manuel un par de veces en Córdoba, estaba emocionado.

—Cuando acabe la guerra tomaré la alternativa.

—Eso está muy bien... te he visto en los carteles.

Años después, Manuel había triunfado en todas las plazas, desde Sevilla hasta Las Ventas, inclusive fuera de España; veía las noticias de sus éxitos y leía con gusto sus cartas; por mi parte, tenía otra barbería en Córdoba. En el verano del 47, me encontraba en Madrid por los preparativos de mi boda, me había visto con Manuel en varias ocasiones, quien llevaba algunas semanas hospedado en la

Capital; al contarle de mi boda, me sonrió, disculpándose por no poder asistir.

—28 de agosto... tengo faena en Linares. Me hubiera gustado ir con Lupe, pero te enviaré un regalo.

La última vez que vi a Manuel fue cuando, a finales de agosto, un día antes de mi boda, entró en la barbería. Nos saludamos afectuosamente, sin embargo, no pude evitar preocuparme al verlo desplomarse en la silla, pensé que se debería a la cogida que había sufrido hacia poco, en la corrida de la Beneficencia. Mientras conversábamos acerca de mi boda, no pude evitar fijarme en su mirada cansada, casi somnolienta. Iba con la barba de varios días, una rareza en él. Le atendí de forma habitual, dejando unos mechones largos, cepille el mechón blanco que tenía desde hace algo más de un año, al hacerlo sonrió. Debido a la cicatriz de la mejilla, tenía una expresión irregular.

—Nacho... tal vez deberías teñirme el pelo...

—Bueno... aunque lo haga no podré borrar lo que dijiste en el periódico —sonreí, como todos los españoles, había leído la anécdota de la razón del pelo blanco de “Manolete”, una decepción amorosa de parte de una mujer de

Córdoba, según las palabras del propio diestro.

—A todos se nos va de las manos lo que decimos a la prensa — Manuel miró alrededor del local, allí, en una silla estaba mi traje de novio—. Debes decirme quién es tu sastre, es un modelo muy bonito, ¿está en Madrid?

—¿Quieres un traje nuevo? — apreciaba, como media España, el exquisito gusto de Manuel para elegir sus trajes; cortes rectos, alargados, chaquetas blancas y zapatos bicolors, todo decorado con gafas y pañuelos, estilo que todos imitábamos—. Seguro tienes unos mucho mejores.

—Necesito ajustarme el traje de luces...

Mientras limpiaba los hombros de Manuel, recordé las noticias sobre su faena en Las Ventas. Aun medio herido, había seguido hasta hundir el estoque, acto seguido fue llevado con urgencia a la enfermería. Ante tal exigencia, no me sorprendió que hubiese perdido unos kilos.

Seguimos hablando, fumó un cigarrillo con parsimonia, un rato después se levantó, para darme un abrazo. Nos prometimos vernos en Córdoba, acto seguido, se colocó las gafas de sol, entonces “El monstruo” salió de la barbería. Pocas horas después, comenzaría

su camino hasta Linares. De mi parte, llevé a planchar mi traje de novio para el día siguiente.

Al llegar a Córdoba, en medio de un torbellino de dolientes, pasamos a la casa de mi tía. Ella en cuanto nos vio, me separó, llevándome como un infante a la cocina, para regañarme.

—Sé que ese muchacho era tu amigo, dale mis condolencias a Angustias, pero ir al velorio en tu luna de miel... ¡Condenarás tu matrimonio! ¡No podrán tener hijos!

Manuel fue enterrado en Córdoba, yo seguí mi luna de miel y mi matrimonio, un año, dos, tres, no conseguíamos tener un hijo, y aunque teníamos una buena relación esta se veía nublada debido a la presión por un vástago. Finalmente, en el 51, pudimos contar la alegre noticia a nuestros padres. La influencia de Manuel, “la maldición de Manolete” tal y como lo había denominado mi suegra, había terminado.

La historia de un elfo

Emilio Sevilla Govela



Dibujo del usuario de Wikimedia Commons Archibald Tuttle.

*But in old age he shall have no peace
Though spears have spared his limbs*
Havamal, 16: 3-4

Era de conocimiento popular a lo largo y ancho de los reinos vallenses, que la larga vida de los elfos hacía de ellos criaturas extrañas e inescrutables para los humanos, y que por lo mismo, estos rara vez se entrometían en los asuntos de otras especies. Cualquier hijo de vecino podría explicar, sin comerse mucho la cabeza, que las gentes del Pueblo Antiguo pensaban siempre muy a futuro, que todo lo planeaban con años, décadas o incluso siglos de antelación, y que por eso mismo uno no podía nunca explicar del todo sus motivos o sus acciones.

Era también *vox populi* que si los elfos preferían, en medida de lo

posible, habitar en compañía de otros de su gente y convivir lo menos posible con las gentes de corta vida, era precisamente por la diferencia de perspectivas y formas de pensar derivadas de su célebre longevidad. Tal idea no era del todo errónea, si bien la verdad del asunto era más complicada de lo que las acepciones más comunes podrían sugerir. Y es que los elfos, por regla general, entendían tan poco a sus vecinos de corta vida, como los humanos los entendían a ellos; por lo que, a menos de que se dieran circunstancias excepcionales, ambos grupos se encontraban separados por un muro, que no por invisible, era menos difícil de cruzar.

Fiandalar Enasseril era una de esas excepciones. Desde un periodo de tiempo largo en cálculos humanos, y ciertamente no irrelevante para sus compatriotas, se había encontrado a sí mismo viviendo sin preocuparse de lo que haría o de lo que le pasaría en el futuro, más allá de unos pocos días. Durante ese periodo de tiempo, no solo había estado alejado privado de la compañía de su gente; sino que además había hecho su vida en compañía de un variopinto grupo de individuos de otras estirpes. Tal era la vida del

aventurero errante: uno viajaba y vivía con los compañeros que le diese el azar y nunca se sabía si el día siguiente sería el último.

En los años en los que estuvieron activos, Fiandalar y su banda viajaron de un extremo a otro de los Valles, visitaron parajes ocultos arriba y por debajo de las montañas, cazaron bestias de leyenda, se enfrentaron a hechiceros sedientos de poder, frustraron los planes de señores de la guerra y aspirantes a conquistadores, derrotaron horrores de ultratumba y recuperaron reliquias ancestrales. Incluso mataron a un dragón, hazaña nada desdeñable, teniendo en cuenta que en la tradición de los Valles, las grandes sierpes habían sido, desde tiempos legendarios, la principal causa de muerte entre héroes y caudillos.

Años de experiencia le habían enseñado al elfo que héroes errantes como ellos eran un grupo muy peculiar. No muchos abandonarían la seguridad de aldeas y ciudades, ni la familiaridad de la familia y la comunidad, a cambio de la vida de peligro y violencia que sus compañeros y él había llevado. Haciendo honor a la verdad, ninguno de ellos había acabado allí

por mero capricho o por pura vocación; todos ellos, él incluido, habían tenido un motivo muy personal para salir al camino. Algunos estaban buscando algo que no podían hallar en sus respectivos hogares, otros estaban huyendo de algo de sus vidas pasadas, o simplemente, no tenían lugar en una sociedad que frecuentemente era cruel con aquellos que no se conformaban a sus normas.

Aquellas particulares circunstancias habían forjado un vínculo único entre los integrantes de la compañía: eran un grupo de descastados, indeseables, inconformistas y marginados, que, apartados del resto de la gente, habían acabado por encontrar en sus compañeros de aventuras, la familia que habían dejado atrás, o que nunca habían tenido en su lugar de origen.

Sabiendo eso, no resultaba en absoluto extraño que sus aventuras se hubieran prolongado por espacio de varios años, llegando a convertirse en su verdadera forma de vida: el camino era su hogar, y todos ellos formaban una suerte de extraña familia, y durante mucho tiempo, ninguno creyó necesitar más. Así que siguieron viajando, de pueblo

en pueblo, de bosque en bosque, de valle en valle, la aventura era todo lo que conocían, era todo lo que sabían y querían hacer.

Fiandalar recordaba aquellos años con cariño, había aprendido mucho, y la compañía de su familia elegida había sido un bálsamo para su corazón. Pero no solo eso; había encontrado un sentido de propósito, sentía que sus acciones contaban para algo, que su vida era algo más que días sosegados, que pasaban uno tras otro en sucesión ininterrumpida, mientras él se convertía en un espectador indiferente en su propia vida. Sí, aquellos habían sido buenos años, más dulces incluso en su memoria, una vez que estos llegaron a su inevitable final.

Su carrera no terminó en un destello final de gloria, si no que, como la llama de una vela, se fue consumiendo poco a poco hasta apagarse por completo. Conforme pasaban los años, los miembros de la banda fueron muriendo, o viendo caer en batalla a sus compañeros, decidieron retirarse de las aventuras y disfrutar de las riquezas adquiridas mientras aún podían. Los que se quedaron lloraron a los muertos, y se despidieron de los que renunciaron, pero los días del grupo estaban

contados. Al final Fiandalar y el guerrero Aeric fueron los últimos en permanecer activos; estando solos ellos el camino se sentía vacío y solitario así que ellos también decidieron poner un final a sus días como héroes errantes.

Originalmente, ambos habían pensado separar sus caminos y seguir con sus vidas como mejor pudieran; pero largos años de aventuras comunes habían dejado su marca. Compartían un vínculo muy profundo, forjado en la batalla y templado en la adversidad: Aeric hubiese dado la vida por Fiandalar sin dudarle un segundo, y el elfo lo consideraba más su hermano que a sus propios hermanos de sangre; que había dejado años atrás cuando bajó de las montañas en las que había vivido su pueblo por siglos. Fue por eso que el elfo decidió permanecer una temporada en compañía de su amigo, antes de volver con su familia. Lo que originalmente había pensado como una estancia de unos pocos meses acabo convirtiéndose en varios lustros, que pasaron como una exhalación para Fiandalar, pero que para Aeric representaron una fracción importante de su vida.

El guerrero había sido en su juventud fuerte como un roble, infatigable tanto en la batalla

como en los caminos; soportó con bastante dignidad la mediana edad, aquejado por las cicatrices y heridas que había acumulado con los años, pero aún poseedor de una buena constitución física. Finalmente se adentró en el invierno de sus días poco a poco y sin ceremonias. Su cabello se tiñó de gris, sus ojos se nublaron, las articulaciones comenzar a dolerle cada vez más y su fuerza lo abandonó de manera lenta pero segura.

Pese a los años transcurridos, Fiandalar no se dio cuenta de lo rápido que habían pasado hasta que un día, en el que habiendo acudido ambos a la feria de un pueblo cercano a comprar provisiones, el elfo había acabado por llevar la carga de ambos, ya que Aeric se había lastimado al tratar de levantar los pesados fardos, los cuales no le habrían supuesto el menor inconveniente años atrás.

Ese incidente puso en evidencia, para la consternación de Fiandalar, y la frustración de Aeric, que la edad se le había echado encima al humano. En los años siguientes, el deterioro de sus capacidades se aceleró, y el elfo volvió a extender su estancia en la casa de su amigo, pues el viejo guerrero veía cada vez

más difícil valerse por sí mismo, y Fiandalar, que no lo había abandonado a su amigo ni ante el fuego de dragón ni ante el acero de ejércitos enteros, no estaba dispuesto a dejarlo a su suerte ante este nuevo enemigo, más implacable y poderoso que cualquiera que hubiesen enfrentado antes.

Fue así como el elfo extendió una vez más su estadía entre los humanos, y permaneció junto a Aeric en los últimos años de su vida, cuidándole conforme se consumía, acompañándole en el momento en que su amigo de tantos finalmente cruzó el último umbral.

Sepultaron a Aeric, él, y la familia y amigos de este, a quienes el elfo había visto crecer, y lo rápido que había pasado el tiempo se hizo dolorosamente patente al verse rodeado por esas personas, que en muchos casos, había conocido de niños, o los había visto nacer, y que ahora veía ya como personas adultas, o cuando menos, avanzados en su infancia.

Una vez que el luto hubo terminado, Fiandalar pensó en regresar finalmente al hogar de sus ancestros, pero no lo hizo. Los acontecimientos recientes le habían plantado una idea en la

cabeza, y viéndose libre de tener que cuidar de su amigo, esta pudo florecer y dar frutos. Aquellos últimos años le habían llevado a tener una comprensión y una empatía poco común entre su gente hacia los humanos, y hacia gentes de corta vida, en general; aunque no lo viviría, se compadecía de los estragos que el tiempo causaba en ellos, y la memoria de Aeric, consumido y apagado, pesaba grandemente en su corazón.

Fue por eso que empleó lo que quedaba del oro que le habían dejado sus días de aventuras, y el que había conseguido en los años posteriores, en construir una gran casa solariega, y en proveerse de todos los servicios que esta pudiese necesitar. Tenía el propósito de hacer de ella una suerte de albergue o residencia, en la que alojar a aquellas personas a quienes la edad les impidiese trabajar o valerse por sí mismas.

Sus inicios fueron humildes; el proyecto inspiraba desconfianza, pues mucha gente veía ridícula la idea de confiar a otros el cuidado de sus mayores, casi una traición a la familia, y el hecho de que detrás de la idea estuviera un elfo, un pueblo esquivo y misterioso, no hizo nada por aplacar las sospechas. Fue por eso que, en un inicio, los primeros

residentes terminaron por ser personas que, afines al elfo, estaban al margen de la sociedad, y que además, tampoco tenían otro lugar a donde ir.

Fiandalar no olvidaría nunca a aquellos primeros cuatro residentes. Aitta, hija y madre de campesinos, que sobrevivió a casi toda su familia y había seguido adelante como curandera y herbolaria de una pequeña aldea, hasta que los años le privaron de la destreza manual y la vista; Linam, veterano de guerra convertido en mendigo, cuyo espíritu no había sido doblegado ni por los horrores vistos ni por las heridas sufridas; Rinald, que tras una larga y complicada relación con su hijo, había acabado malviviendo en las tabernas de una ciudad portuaria; Dalia, tan inteligente y hambrienta de conocimiento a los setenta años como había sido a los veinte, quien había formado toda su vida parte de una orden monástica que fue disuelta por conflictos políticos, dejándola en la calle.

El camino no fue sencillo. Fiandalar, los ancianos y el personal que había contratado, tuvieron que enfrentar desde un inicio preocupaciones de diversa naturaleza, sobre todo económica;

el oro de las aventuras solo podía durar hasta cierto punto, y la idea original, que era que las propias familias de sus inquilinos pagasen periódicamente una determinada suma para el mantenimiento del proyecto, no pudo realizarse, por obvios motivos. Así que hizo falta que Fiandalar y su nueva banda, como había empezado a referirse a ellos para sus adentros, buscaran soluciones creativas.

Entre todos ellos acumulaban varios siglos de conocimientos y experiencia, que se pusieron en practica para salir del atolladero, desde hacer pequeños trabajos de herrería y carpintería, hasta vender bufandas de lana y ungüento para las articulaciones. Lograron mantenerse a flote y pasado un tiempo, cuando el elfo pudo tirar de viejos contactos y favores, instalarse cómodamente en el Reposo de Aeríc, como habían llamado a la residencia.

Fiandalar consideraría siempre feliz el que aquellos cuatro humanos hubieran podido vivir el final de sus días de forma pacífica y segura. Incluso lo consideraba uno de sus mayores logros. Llegó a sentir un gran aprecio por ellos, y a respetarlos profundamente, pues había aprendido mucho de ellos, aun siendo él bastante más viejo.

Lloró sus muertes, no menos amargamente que la de Aeríc, pues, concentrado como estuvo en la realización de su sueño, casi se olvidó de la mortalidad de sus nuevos amigos, y de la avanzada edad que estos tenían. Aun así, siguió adelante con sus planes; la partida de aquella Nueva Banda le dio un nuevo impulso a su determinación, y las lecciones aprendidas de aquel primer grupo de huéspedes fueron fundamentales para la continuidad del proyecto.

Después de prometerse a sí mismo que aprendería a aceptar el eventual fallecimiento de los humanos a su alrededor, el elfo se puso manos a la obra. Continúo invitando al Reposo a aquellos que no tenían un hogar o recursos para vivir dignamente, y con la paciencia y el tesón de quien sabe que ha de vivir por siglos, se las arregló para convencer a personas menos desesperadas a unírsele. Asimismo, comenzó un plan a largo plazo para establecer una red de apoyo que le permitiera no tener que depender de lo que le pagasen quienes buscaban sus servicios.

Lento pero seguro, el barco de aquel sueño improbable siguió avanzando, y durante las décadas

y años siguientes, navegó con viento en popa. Los residentes fueron y vinieron, y ya no solo eran ancianos desesperados sin donde caerse muertos, sino que algunos iban allí por voluntad propia, no queriendo morir en soledad, o ser una carga para sus familiares; otros llegaban por intervención de sus propios parientes, ya sea porque estos no podían darles las condiciones adecuadas para sobrellevar su vejez, o porque no querían hacerse cargo de ellos. Incluso hubo quienes, habiendo conocido a Fiandalar en su juventud, o habiendo colaborado con él en el pasado, acudían al Reposo al ver acercarse la vejez.

Fiandalar recibía a todos por igual, y se esforzaba por ofrecerles comodidad y salud, así como compañía y tranquilidad. Trató sus achaques, escuchó sus historias, organizó las visitas de sus familiares, y, cuando inevitablemente habían de fallecer, trató de que pudieran hacerlo sin dolor y en compañía de sus seres queridos.

Tratar con aquellos hombres y mujeres de edad avanzada resultó una experiencia como ninguna otra por la que hubiera pasado anteriormente. Se encontró, en más de una vez, al cuidado de

personas que había conocido cuando aun estas eran jóvenes, o tratando con los descendientes de amigos que llevaban años muertos; se sorprendió a sí mismo hablando con los ancianos a su cuidado de cosas que para él eran recientes, pero que ellos veían como recuerdos de una lejana juventud.

Se sentía viejo, aunque en la escala de su pueblo estaba lejos de serlo. Los residentes parecían sucederse uno tras otro, efímeros como flores de verano, o mariposas migratorias, llegaban, se quedaban allí algún tiempo, y pese a todos sus esfuerzos se iban, siempre demasiado pronto. Y él, Fialandar Enasseril, hijo de la tribu de la Encina Plateada, antiguo héroe de los Valles, hermano de armas de Aeríc Rompescamas, seguía viviendo, inmutable como un árbol solitario que queda de pie en medio de un sembradío el cual acaba de pasar por la época de siega.

Al caminar por los pasillos del Reposo de Aeríc, escuchaba las voces de hombres y mujeres muertos en años pasados; al hablar con algunas personas, creía ver en sus rostros las facciones sus ancestros fallecidos. Casi fue consumido por la congoja que aquello le provocaba. Tardó años en cumplir la promesa que se

había hecho, de aprender a vivir con las muertes de las personas alrededor suyo; pero finalmente, logró librarse de ellas, y encontrar consuelo en la misión que él había emprendido.

Y es que sentía un gran cariño por quienes quedaban a su cuidado; aquellos hombres y mujeres llegaban a él, no como libros en blanco, sino cargando en sus hombros con años de historias y de canciones, con sueños realizados y sueños rotos, con amores y enemistades, con penas y alegrías; con vidas que habían sido vividas, que, aunque eran frágiles y efímeras, también eran, por su propia fragilidad y fugacidad, preciosas y bellas. Fiandalar se sentía inmensamente honrado de poder compartirlas y de poder recordarlas. Por lo que agradecía, a cualquier dios que pudiera estar escuchándolo, el poder darles a aquellas personas una vida digna y pacífica en el ocaso de sus días.

Nunca dejó de sentirse triste por las muertes, pero tampoco dejó de preocuparse ni de sentir un profundo aprecio por los humanos a su alrededor, ni de hacer lo posible por darles apoyo y consuelo. Finalmente, habiendo transcurrido muchas vidas humanas, aprendió que antes que dejarse consumir por

la pérdida y la pena, era preferible celebrar la vida de los que parten, llevarlos con uno mismo en la memoria, pero dejarlos ir cuando su tiempo hubiera pasado.

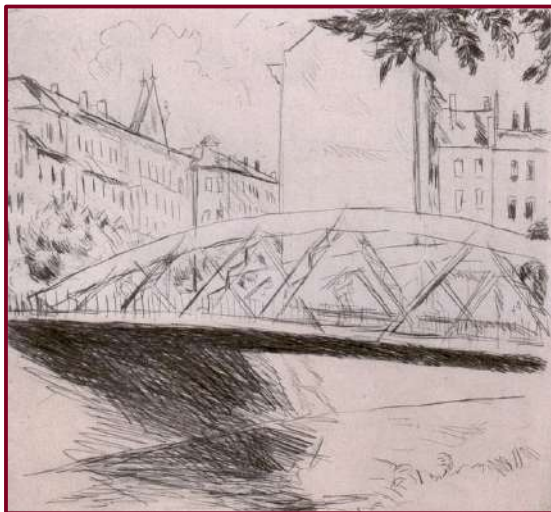
Fue así como, un día luminoso de primavera, Fiandalar se encontró a sí mismo ante la tumba de Aeric, con una flor y una botella de vino en la mano, y un viento amable revolviéndole los largos cabellos.

—Adiós, viejo amigo —dijo el elfo, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, mientras colocaba la flor sobre la sepultura; y, con las artes secretas de su pueblo, la hacía enraizar y florecer sobre la tierra del sepulcro.

—Gracias por recorrer conmigo la parte del camino que nos tocó caminar juntos. Gracias por todas las aventuras y todos los viajes. Gracias por harte quedado conmigo todo el tiempo que lo hiciste. Adiós, y buen viaje —dijo el elfo, y levantó una copa de vino para brindar por los difuntos.

El puente

Alejandro Siliceo Ramírez



Dibujo de Eugen Hamm de un puente en Leipzig (1921).

Cerca de mi casa hay un puente. Es el típico puente peatonal de color amarillo que conecta dos lados de una carretera. Todos los días llevo a cruzarlo tres veces, y se ha vuelto una actividad tan simple y cotidiana que jamás me había detenido a analizarla hasta ese entonces.

Era ya de noche y venía de regreso de la oficina, fue un día cansado, pero lo bueno era que ya había terminado. Ese día, mientras caminaba por el tramo de unos nueve metros, me detuve para contestar una llamada. No era nada fácil encontrar mi teléfono en toda la oscuridad del lugar y la poca luz que recibía de los autos que pasaban por abajo no era suficiente, por lo que perdí la llamada.

Suspiré de manera larga y un destello me hizo mirar a la derecha, hacia la entrada del pueblo que todos los días miraba y que era tan común que ignoraba, un gigantesco arco de color azul cielo al cual le vendrían bien unas rejas, la cantidad de gente que quería entrar era demasiada a tal punto que se hacía tráfico.

Decidí girar mi cabeza ciento ochenta grados los cuales me hicieron ver un paisaje ciertamente atractivo, una recta de unos noventa metros que poco a poco se transformaba en una curva hacia la izquierda, muchos autos también viajaban hacia ese lado, pero por alguna razón no se juntaban tantos como en el pueblo.

Era una ruta que yo había usado mil y una veces, pero aun así conseguía atraparme en una especie de enigma, uno el cual solo los atrevidos tomarían por pasión y que aceleraban con el riesgo de jamás volver y que nadie supiera nada de ellos jamás.

De golpe se escuchó un fuerte rugido que rebotó por todas las superficies e inundó la fosa de aire que había a mi alrededor. Supuse que se trataba de alguna llanta ponchada de uno de los tantos coches que pasaban justo debajo de mí.

Giré a ambos lados, pero no veía ningún coche a mi alrededor que se hubiera detenido, por lo que supuse que habría sido más allá de la curva oculta por pinos y que el conductor había de ser muy hábil para evitar un choque después de perder una llanta.

Me di cuenta de que parado justo en el medio del puente, observando a ambos lados, obtenía cierto poder. Yo no elegía ninguna de las dos opciones, no tenía que jugar y en algún sentido yo era el que controlaba a todos aquellos que tomaban uno de los dos caminos.

Estaba por retomar mi camino cuando una fría brisa caminó por mi nuca y me hizo voltear hacia el lado al cual me dirigía. Me di cuenta de que una mujer se acercaba a donde yo estaba, supuse que se trataba de alguien que necesitaba llegar al otro lado.

Esa idea me duró poco cuando redujo la velocidad de sus pasos al llegar a la mitad del puente y se detuvo a lado mío, fue ahí que giró su cuello lentamente para que su mirada de ojos negros me congelase y me hicieran perder mi equilibrio. Era como si de repente su mirada transformara ese puente en alguna clase de cuerda floja, una en la que yo había caminado varias veces, pero que aun así me alteraba con

cada vibración que esta hacía, pequeños movimientos que hacían sentirme en una montaña rusa llena de subidas y bajadas.

Su mirada no paraba de aplastarme, por lo que tuve que recurrir a mis brazos para desplazarme por el frío suelo metálico que parecía darme descargas de energía por la fricción que mi cuerpo y la lámina hacían. Logré alejarme de ella y mantener unos veintiún pasos de distancia. Su mirada pareció perder poder con ese espacio y tras eso ella siguió su camino.

Me quedé pensando lo que había pasado mientras trataba de recuperar el aire. ¿Quién era esa mujer y cómo lo había hecho? Traté de organizar mis ideas, pero mis pensamientos se esfumaron con el agudo sonido de un frenado muy largo. Quise buscar al coche que frenó. Sin embargo, esta vez ya no había ningún auto en todo el lugar, estaba solo con el continuo sonido del freno el cual no me dejaba recordar a qué lado tenía que ir...

Sueño de un martes

Ángel E. Valdivieso Priego



Invierno en el balcón (1899), Harold Sohlberg.

La lengua es un sistema de relaciones.

EL MAESTRO LUIS DAVID MENESES, durante una de sus clases.

La clase de ese día trató sobre los géneros gramaticales. Nosotros creíamos (¿es posible culparnos?) que los géneros gramaticales se limitaban, en todas las lenguas posibles, a dos, o acaso tres, si imaginamos un género neutro. El maestro nos demostró lo contrario: si bien las lenguas romances, como el español, están fatalmente encasilladas en los reinos del masculino y femenino, existen docenas de lenguas en el mundo en donde no existe una correspondencia estricta entre el sexo y el género gramatical. Así, por ejemplo, el Kunwinjku, una lengua australiana en la que

también existen el femenino y el masculino, agrupa en un sólo género gramatical (*kukku kunmak*) todo lo que es agua—todo lo líquido. De la misma forma, una variante del lenguaje fulani de África comprende distintas categorías gramaticales para las personas, los árboles (las plantas), los elefantes (los animales grandes), y los barcos. El artículo que leímos hacía una aseveración increíble: dicho idioma registra al menos otros dieciséis géneros gramaticales. Estos géneros, explicó el maestro, aun así no son fundamentalmente distintos de nuestra dicotomía masculino-femenino: *el* sol, pero *la* luna. Arbitrario como todo el lenguaje. Me fascinó esta evidencia del afán clasificatorio del ser humano, que de algún modo está presente —en mayor o menor medida— en todas las lenguas, que tal vez está presente en la raíz de la mente misma; estas categorizaciones que parecen decirnos que “*la* conciencia” y “*la* profesora” tienen algo en común debido al hecho fortuito de compartir un género. Para los fulanis, los esclavos, las semillas y los animales domésticos pertenecen al mismo género, el *ndi*. Me propuse imaginar un lenguaje fantástico, que

trascendiera estas falsas equivalencias. No bastaría, razoné, con la ausencia del género gramatical en la lengua, como en el inglés o el japonés. Pensé en un lenguaje inaprensible, de géneros infinitos, donde cada sustantivo reclamara su propio género gramatical con sus propias reglas únicas de concordancia. No sólo eso, sino que cada objeto distinto — cada entidad— debería poseer su propio nombre. La palabra “cabeza” en español puede referirse a mi cabeza o a la de cualquier otra persona en el mundo, o incluso a la cabeza de un toro, cohete o un ajo; en mi idioma, cada cabeza en existencia necesitaría un sustantivo propio, que, además, sería el único miembro de su categoría gramatical. Imposible hablar de dos cabezas distintas con la misma palabra y anteponer a ambas el mismo artículo; ni aplicar el mismo adjetivo (pues los adjetivos, también, habrían de tener infinitas formas para poder concordar con los infinitos sustantivos). Sería un idioma de constante y acelerado cambio, un idioma sin relaciones ni ambigüedades posibles, un idioma que eventualmente carecería de las palabras suficientes para nombrar todas las cosas. Sería, en suma, un

idioma completamente inútil.

Estas imaginaciones, también completamente inútiles, me entretuvieron hasta el término de la clase. Después, Iván y yo salimos a caminar. Nos detuvimos frente a una avenida transitada, justo antes de la parada del transporte público. Me habló de lingüística relativa; citó tantos libros que no supe si encontraría espacio en la vida para leerlos todos. Me explicó las cuatro etapas del desarrollo cognitivo según Jean Piaget; hipotetizó, no sin cierta pedantería, que hay gente que se queda por siempre en la tercera. Me dijo que él creía en al menos dos tipos de inteligencia: una nacida de la predisposición genética; la otra, del estudio y la formación disciplinaria. Estas inteligencias no serían mutuamente exclusivas, sino, idealmente, complementarias.

—Tú, por ejemplo, tienes *intuiciones* —me dijo—. Y esas intuiciones suelen dar en el blanco, llevarte a la verdad. Mi inteligencia, en cambio, es el fruto de muchos desvelos.

La idea me halagó a la vez que me horrorizó, pues en ese caso mi dichosa “inteligencia”, que tan lejos me había llevado, sería apenas el resultado de una ecuación de

factores biológicos y casi azarosos. Aunque la suya no sería demasiado distinta: consecuencia, sí, de la acción, pero de una acción motivada y facilitada por el mundo, por sus estudios, por la universidad. En ambos casos, no nos hicimos a nosotros mismos. La circunstancia nos hizo ser, o, si se quiere, nos *permitió* ser.

Mi atención se fijó en un hombre al otro lado de la calle, que llevaba horas parado en el balcón de un segundo piso. Lo había visto antes, pero no le había prestado atención. No sé cómo apenas en ese momento fui a darme cuenta.

—¿Está completamente desnudo? —pregunté, señalándolo.

—Sí —respondió Iván, con calma. Y, notando mi mirada perpleja, continuó—. Sé quién es ese hombre. Ha sido así toda su vida. Tiene algún trastorno cognitivo, autismo tal vez. De los niveles del desarrollo que te nombré, es probable que no pase del primero.

Observé al hombre con una oscura fascinación. Había algo de grotesco en su rostro, ya tocado por cierta calvicie y otros signos de la edad, que portaba una expresión perdida y alegre de bebé. Era un Adán, inconsciente de su propia desnudez. Le aplaudía y gritaba a la gente que pasaba, sin duda

enamorado de su propia capacidad de crear sonido. Era el horror de un balbuceo confuso, ininteligible, de recién nacido, proferido por la voz grave de un adulto. De pronto tocaba o rascaba su propio cuerpo con violencia, como presa de una insoportable picazón.

—Eso que hace de tocarse a sí mismo —puntuó Iván—, no creo que lo haga de manera erótica, sino como hace un niño que está jugando. Como... como para...

—Como para comprobar que existe —completé. Él asintió.

—¿Puede hablar? —pregunté.

—No creo que jamás haya aprendido. Lo más triste del asunto es que sus padres son señores mayores ya. Ellos lo cuidan. Cuando ellos ya no estén, él seguramente morirá de hambre. Encerrado.

Encerrado. Palidecí. Iván lo había dicho como una certeza, como una inevitabilidad. Y tal vez lo era. Pero el hombre, risueño y enérgico, con sus aplausos estridentes en la cima del mundo, no era capaz de sospecharlo. En algún lugar de sus novelas, Stefan Zweig escribió sobre lo asombroso de poder vivir “libre de la más remota idea de que alguna vez hayan existido un Rembrandt, un Beethoven, un Dante, un Napoleón”. Zweig no

pensó en una ignorancia más aterradora que la cultural: la de uno mismo.

Iván y yo nos despedimos. Almorcé, di un paseo, fui a otra clase, regresé a casa, quise leer la *Odisea* por el resto de la tarde. Pero aquel hombre no desaparecía de mis pensamientos. Atenea, Telémaco, Penélope, Calipso; todos se me hacían personajes inverosímiles, irrelevantes, comparados con él, con aquel hombre que había vivido décadas sin tener una sola reflexión, que moriría sin haber tenido una sola reflexión, o que acaso las tenía (¿cómo saberlo?) pero su desconocimiento del lenguaje le impedía externarlas. Esta segunda posibilidad me pareció la más atroz de las dos. Quizás a veces se daba cuenta de que estaba solo, de que la gente a la que aplaudía y hacía señas jamás le prestaba más que cinco segundos de atención antes de alejarse apresuradamente. Quizás, me dije con un estremecimiento, sabía incluso de la muerte y la intuía próxima en sus padres o en él mismo. Pero nada de esto podría decirlo nunca. Porque sabía reír, y seguro que sabía también llorar o gritar; pero expresar la razón de su dicha o de su pena le estaba vedado. Y, en un

mundo de lenguaje, ¿qué separa el no expresar y el no ser?

El pensamiento me angustiaba demasiado, e hice una nueva tentativa para terminar la *Odisea*. No logré avanzar mucho antes de caer dormido.

Esa noche, me soñé parado en el balcón, completamente desnudo. Soñé que aplaudía y nadie respondía a mis aplausos. Me soñé obsesionado con el juego de tocar mi propia piel, de asirme infinitamente, sin poder convencerme jamás de ser real. Me soñé riendo estúpidamente todos los días, como encontrando en la realidad un chiste colosal, indescifrable; el chiste de todos los chistes.

Soñé que mis aplausos y mis quejidos eran no la ausencia del lenguaje sino un pobre sustituto suyo; soñé que codificaba mis mensajes en el número de aplausos o en la entonación de mis numerosas vociferaciones. Me soñé maestro de mi propio sistema de símbolos, tan rudimentario o tan complejo que nada se podía comunicar a través de él. Me soñé, aun así, en un sempiterno intento de hablar, de decir algo, de ser escuchado; sin que en el rostro de los demás jamás naciera la comprensión, sin que en sus labios

jamás naciera una respuesta.

Me soñé inhabilitado para comprender a nadie, inhabilitado para la empatía, inhabilitado para el amor.

Me soñé solo en una habitación cerrada. Soñé el hambre, cálida y filosa, royendo mis entrañas. Soñé una puerta que no conseguía abrir porque no tenía la llave, porque desconocía el mismo concepto de una llave. Soñé los golpes y los gritos a una puerta inexorable.

Me soñé como un Ulises que fuese a la vez Ulises, Odiseo y Nadie, y todos sus nombres a través de todas las lenguas del mundo. Soñé un Ulises que jamás terminara de llegar; que jamás terminara de partir siquiera, porque “partida” y “regreso” no significaban nada para él. Lo soñé sin tripulación, sin casa a la que volver, sin islas, sin dioses ni monstruos; lo soñé a la deriva en un mar interminable.

Soñé que huía, que corría asustado por los bordes de este angustioso sueño, hasta llegar a un laberinto de cóncavos espejos donde todas las paredes reflejaban mi rostro, con mil deformidades distintas. Pero ninguno era mi rostro, porque yo no sabía quién era yo. Soñé que golpeaba los cristales y los resquebrajaba sin lograr desbaratarlos, hasta que mis

manos se ensangrentaban, hasta que mi rostro se ensangrentaba y todos los cristales reflejaban nada más que rojo; un rojo de muerte; un rojo negruzco y opaco; un rojo rojo, rojo, rojo.

Cuando desperté, el sueño continuaba.

Otros dos poemas de Frida Montesinos

Nosotros

Compartimos la lentitud del mismo pulso,
buscamos la luz prendida de las cosas,
un escenario libre de escombros y espejos
donde ejecutar nuestra infinita danza.
Asomamos por los barandales de la noche
creyéndonos poseedores de todas las velas,
dioses en reinos de humo y aire.
Sólo fuimos, sólo somos,
miradas diferentes parpadeando
sobre la misma arcilla,
escultores de fuegos y nubes,
apenas deseo y suspiro, breves pasos,
breve sueño que en otro sueño despierta.



Andante, Herman Richir.

Margaritas

Mientras que las margaritas crecen sencillas y libres
sin ayuda del horticultor;
desposeídas del sospechoso privilegio
del encomio asignado a las rosas;
con menor probabilidad de ser aplastadas
por el paso fortuito y descuidado de un caminante
que de marchitarse libres a merced del sol y la intemperie;
destino triste el de las rosas que,
cultivadas con dedicación y esmero,
son cortadas para después del fugaz entusiasmo
que suscitan,
terminar marchitándose en un jarrón.

Transferencia de corazón

Jimena González

Te regalo corazón
Un poema en tu honor
No preguntes ni me exijas perfección
Oh pues, el corazón que desecho hoy
Es aquel que alguna vez te perteneció

La rima sabes bien de mi alma nunca sale
La sinceridad elemental
encarcelarla no me nace
terminaría entonces en un crimen fatal
¿Aún muerto lo sigues queriendo torturar?

El poema que te regalo no va sin envolver
Te lo regreso en todo aquello que tu corazón a mí quiso disponer
Si desnudo te llega mi culpa no va a ser
Arrópalo del frío, una vez contigo ya esté
En el invierno de tu alma, intenta no hacerlo perecer

No me lo regreses, necesario no lo creo
Mallugado y torturado, ¿para qué ya lo quiero?
Mi dirección he cambiado
Un poco a la izquierda me he mudado
Sin miedo a que me busques, pues sé la valentía nunca se te ha dado



Dibujos de Leonardo Da Vinci.

Te fuiste sin despedir, tan poco típico de ti
hasta después descubrí,
Es como los cobardes suelen huir
Sin dejar huella ni rastro,
Por donde se les pueda perseguir

Un corazón confundido dejaste
Intentando recuperarse del daño que causaste
Desconfiado no se volvió,
Oh, cómo doy gracias a Dios
Un alma buena me mandó

Sostiene mi mano y cuida mi alma
Sonríe siempre a mí y mis chistes daño no le causan
Su toque suave acaricia mi esencia
Me derrito apenas siento su presencia
Oh mi dulce chico, corazón de niño

Te regalo hoy mi corazón
Lleno de vida e ilusión
Cuídalo con tu alma,
envuélvelo con tu calma
Te regalo hoy corazón,
mi más grande posesión.

Los poemas de Poesía sin nombre



Ilustración de 1894 en la revista alemana *Die Gartenlaube*.

¿Qué es **Poesía sin nombre**?

Poesía sin nombre es un taller literario de Xalapa. Sus miembros se pusieron en contacto con los editores de nuestra revista y solicitaron un espacio para publicar sus poemas. Nosotros aceptamos con gusto. Reproducimos la semblanza escrita por ellos mismos:

“El proyecto ‘Poesía sin nombre’ surge como una forma de explorar el amor a la poesía a partir del retrato de las experiencias cotidianas en torno al dolor y la violencia. Somos un grupo consolidado de cinco personas, cada una con distintos estilos de escritura y temas de interés. Algunos enfocados en la violencia, otros en el amor y su otro extremo.

Las sesiones iniciaron en noviembre de 2023 en la ciudad de Xalapa, Veracruz y contamos con una participación de lectura de poesía en voz alta. Hoy en día coincidimos en sesiones semanales en las que trabajamos diversas técnicas de escritura y analizamos poetas contemporáneos.

Estamos abiertos a recibir a más integrantes y a abrazar nuevas formas de concebir la poesía.”

A continuación, diez poemas de los miembros de Poesía sin nombre.

Naranjas

Ángel Mejía Hernández

Suelen decir que encontrarás a
tu media naranja, pero cuando
tú y yo nos abrazamos, somos
más de dos partes somos dos
galaxias, amor, nos orbitamos.

Te veo y mis estrellas titilan porque tu calor les
gusta a los planetas, sin ti el cuarto se llena de vacío
porque no necesito verte para sentir tu gravedad.

Tus eones se parecen a los míos porque en la
oscuridad diste tus primeros pasos, pero ahora
brillas, sé que eres pedazos y no dejaré que se
quiebren más.

Sé que te orbito porque
siempre vuelvo a ti sé que
tienes soles porque me han
quemado sé que tienes vida
porque me amenaza.

sé que somos galaxia
porque moriremos, nos
dejaremos de mover, se

apagarán nuestros soles,
reinará el silencio, crecerá el
frío y nos abandonará el
tiempo.

Nos haremos pequeños, amor, tan pequeños como naranjas.

El siguiente paso

Ángel Mejía Hernández

En matemáticas el espacio y el tiempo son uno, y me pregunto:

Si camino hacia atrás, ¿volveré al ayer?
si me muevo a la derecha, ¿escucharé su bala?
si me tapo los oídos, ¿esquivaré sus gritos?
pero si estoy quieto...
¿por qué el sol sigue saliendo?

En matemáticas, existen los agujeros de gusano, si salto en uno, ¿escaparé su abrazo? porque el único estrujo que quiero, es del tiempo el único beso, el de las estrellas y mi única opción, correr hacia ellas.

Pero divago mucho cuando estoy sentado tal vez sabré que hacer, cuando dé el siguiente paso.

Un dolor para recordar

Luz Xcaret García Avalos

Caminando mientras el cielo lloraba
me rompí una uña y aun así solo
recordaba el dolor cuando algo en mí
se quebró como jarrón de barro con
agua fría.

El cielo mostró que no era mi día y no veía otra
salida que seguir con mi tortura, recordando tu
voz diciendo que me querías pero ahora solo
es un bloque de cemento en mi pecho.

Miré abajo y ahí estaban mis botas mojadas, frías
pero cálidas por dentro, me recordaba cuando
estaba en tus brazos, pero hoy solo quiero recordar
que me rompí una uña.

Un piano con polvo

Luz Xcaret García Avalos

Soy ese piano tímido, hambriento de
tocar y crear melodías que
enamoren.

Solo en mis sueños puedo escuchar mis
creaciones.

Las cuerdas de mi pecho se emocionan,
pero al despertar no recuerdo las notas, se
va toda emoción y alegría, ahora mis
blancas y negras saben que las puedo
olvidar.

Me olvidan como a un sillón en el sótano, lleno
de polvo, cuando yo solo quiero ser usado para
lo que fui hecho, estar acompañado con los míos
que están con la música.

Seguiré esperando volver a vibrar y
que mis teclas suden, pero me
conformo con un día porque sé
que volvería a la vida.

Diciembre

Martha Susana Mapel González

No entiendo por qué lo preguntas así, lo
que siento por ti es obvio ambos lo
notamos cuando busqué tu mano

Te recitaría si quisieras para
destacar entre tus personas
conocidas, como nadar en contra de
la marea de las playas que no has
visitado.

Hablaré por mí porque pensé
en la posibilidad de compartirte
mi sentir pero es obvio lo que
te importa es obvio y lo que
no... lo es aún más

Es común para mí pensar que me olvidarás
porque la última vez que te hablé, me dolió mi
brazo izquierdo tal y como mis emociones te han
asfixiado

No entendí por qué lo preguntaste tan de repente
pero por supuesto que me afectó tu apatía
e indiferencia me apuñaló es común para

mí desear no existir así.

Sin significar algo para ti.

Veintidós

Martha Susana Mapel González

Soy el vinilo de The Beatles que me regalaste las
cartas de cumpleaños que me escribiste el secreto
que nos contaste en una hoja de libreta y la última
vez que deseaste que me cuidara
(en paz descansa)

Soy tu mejor amiga las historias que entre
clase nos inventaste el anime que me
recomendaste y tu compañía en las mañanas
frías

Soy tu primera composición la persona por la
que ya no sientes lo mismo soy a quien
escuchaste llorar y la música que
reproducimos

Soy tu pilar, la conversación ignorada, el
mensaje de madrugada que enviaste y
tu mejor cita.

Soy tu escritorio en mis últimos días el suéter que me prestaste
el entusiasmo que no ocultaste (nombrar qué emoción es)
y nuestra sobremesa.

Soy a quien ves de reojo y le
dices iluminada mientras exiges
y te maquillas.

Sueño

Giovanni Marín Ortiz

Un sueño perdido es lo que eras; un
alma aplastada, personalidad
destruida y cimientos a la
intemperie.

Un sueño en búsqueda es lo que eres;
un espíritu en sanación, reconstrucción
del ser y autocuidado constante.

Un sueño encontrado es lo que serás; te
amarás, me amarás y vivirás cada día como
siempre lo quisiste.

Sueño que lo lograste.

Límites

Giovanni Marín Ortiz

Una vez más volvió a pasar, me
guardé violentos momentos, se
acumulaban y gritaban lento, uno
tras otro sin cesar.

“Vamos, soy fuerte debo aguantar, no pasa
nada, los he de olvidar, uno más que bien puedo
guardar en la cartera, no pasa nada, la carga
sigue ligera”.

Una noche fría y lluviosa muy buena para un trago
amargo, de esos que sufres por un buen rato, pues
va dejando esa estela de permanencia odiosa.

Ya van dos en el zapato.

“Yo puedo, aún aguanto no es molestia, solo
un mal paso dado”,
“ya pasará, para qué el llanto”.

Traigo tres, sujetos y colgados al cuello,
me fastidian, pero soporto, aún hay
espacio para otro, llevar este tipo de cosas
es mi sello.

De tres pasamos a seis y ya
me pesan los pies al intentar
dar más pasos lo único real es
el cansancio.

En los hombros llevo ocho, no hay
mochila que me pese, pero sus tirones
hacia atrás los siento, no permiten que
me enderece.

Atados en mi pecho llevo varios,
sofocan mis pulmones ataques y
dolores, ignorarlos no es de
sabios.

En mi mente hay muchos más, ya
no duermo pues me gritan, llevo
días inconforme, uno tras otro,
¡corren y corren!

Mis manos ya me pesan, quitarlos ya
no puedo
“pobre necio reservado, la paciencia
se ha agotado.

En el corazón hay tantos que ya
no se escucha su latir se fueron

acumulando,
ahora todo ya es sufrir”.

Sacarlos en su momento era la solución, ahora
lloras, te rompiste y ya no hay reparación.

Cuatro miligramos de clonazepam

Lorena Guzmán González

Intentan subir por mis piernas
dejan ponzoña a su paso, con
garrapatas y parásitos quieren
meterse en mi cabeza y
atravesar mis orejas.

Rascan el interior de mi cerebro y el cráneo
colapsa en añicos como cáscara de nuez tras el
golpe de un mazo.

Ganchos perforan el tejido de la corteza cerebral y
dientes salidos desgarran los canales.

Las ratas sebosas me persiguen noche y día, sus
chirridos me hacen cuestionar si estoy despierta
o es mi inconsciente.

Lo más trágico:
yo las alimento.

Cómo salvar una vida en siete pasos

Lorena Guzmán González

Hace tiempo empecé a apestar a muerto y me asomé al interior.

Llevo años cubriendo hematomas con terapia semanal, debajo de un curita encontré memorias llenas de pus y gangrena. Acariciar mis heridas era inútil, tuve que actuar:

I

Amputar lo que me estaba matando.

Despedí a personas y hábitos por igual.

Tomé la sierra y tuve que cortar el hueso necrosado.

II

Hacer un torniquete para no desangrarme
cauterizar la herida, vendar y sopesar la
pérdida en compañía.

III

Llorar por las noches y las mañanas, llorar a
escondidas, en la calle y en el trabajo. Llorar
porque nada de esto debió pasar.

IV

Saturar de antibióticos y medicinas para no
sentir.

V

Al llegar la calma volvemos a raspar la herida. Es
cruel pero necesario para formar nuevos tejidos.

VI

Dejar pasar el tiempo y dormir ocho horas diarias.

VII

Aprender a vivir con un muñón y adoptar un gato.

Sugerencia: evitar personas violentas para no repetir.

Origami

Iván Hernández Miranda



Fotografía de Klaus-Dieter Keller. 2019.

Recordar era un acto ajeno para mí. Sin embargo, de unos días para acá he notado que mi percepción ha tenido algunos cambios. De manera sinestésica, algunas memorias se mezclan con la realidad, entonces figuro que estás en la música, en los lugares comunes, en las zarzamoras, en los musicales, en las risas involuntarias y también en la ausencia.

Cada vez que pasas por mis sentidos se activan imágenes y momentos que eran inadvertidos. Mis manos comienzan a imitar lo visto una y otra vez:

Un papel con forma de rectángulo se dobla por la mitad trazando el camino que izará la nave. Las esquinas superiores se doblan de manera que se abracen y sean

resguardadas por la base subiéndolas a la mitad del triangulo que se formó y sellándolas como cómplices bajando las cejillas. Se abre la parte interna y se presiona para formar un cuadrado. Se gira esa nueva figura y la parte abierta se marca el pliegue que ahora son patas y se suben para formar un triangulo más pequeño. Se abre, se aplana, se hace un nuevo cuadrado. Finalmente, se abre una última vez y las patas que ya son más pequeñas se jalan suavemente por las dos puntas que sobresalen.

Cada ensayo se vuelve más frustrante que el anterior. No es igual. No se parece a lo que tú hacías. Sigo los pasos, acentúo los trazos con la presión que tus dedos lo hacían, pero ¿qué falta?, ¿por qué son naufragios y no barcos?, ¿por qué algo mecánico se vuelve complicado e irrepitible? Extraño la tierra firme y no sentirme en altamar. Extraño sentirme navegante y no polizón.

Memento animalis

Frida Montesinos



Sátira de las guerras napoleónicas (1802).

Lento, amargo animal que he sido.
Jaime Sabines

Sabemos que nuestra bienamada y, al mismo tiempo, sobrevalorada especie *homo sapiens* pertenece al orden de los primates y a la clase de los mamíferos entre otras de las categorías taxonómicas dentro del reino animalia. Lo aceptemos estoicamente, con indiferencia o resignación, lo cierto es que, para la mayoría, nuestra animalidad es una certeza que suele olvidarse, incluso, en aquellos momentos cuando nuestras necesidades fisiológicas se manifiestan.

A mi parecer, nuestra condición de animal humano ha sido, consciente o inconscientemente, recibida con desdén, ya que,

desde la antigüedad y, quizás, con mayor ahínco en nuestros días, algunas prácticas y costumbres muestran un deseo por eliminar todo ápice de animalidad presente en nuestros gestos, sonidos, aromas; de modo que nuestras necesidades básicas funcionales se realizan a puerta cerrada, los olores se disimulan con perfumes y aromatizantes, se evita el cabello hirsuto con shampoo, la piel se llena de cremas para lograr tersura, comer se ha convertido en una sofisticada práctica que requiere de utensilios que desde niños se nos enseña a usar correctamente; además, para parir se ha vuelto indispensable una enorme infraestructura y todo un complejo sistema de salud; y así, hemos atiborrado al mundo con tazas, vasos, copas, cubiertos, cepillos, cremas, desodorantes, perfumes, maquillajes, rastrillos, toallas sanitarias, servilletas, y toda una larga lista de objetos que cumplen la función de borrar de nuestros cuerpos y sus necesidades cualquier resabio de bestialidad.

Hemos establecido una dicotomía entre ser humano y

ser animal, donde lo animal se presenta como lo salvaje, irracional, burdo, grosero y primitivo; cuando en realidad, al pertenecer a un mismo reino, ambos poseemos un tanto de lo anterior.

Muchas veces me he preguntado dónde estriba nuestra diferencia con el resto de los seres pertenecientes al reino animal. Pensé que podía ser nuestra capacidad de usar el fuego, pero ya se ha encontrado que hay otros animales capaces de utilizarlo. El uso y elaboración de herramientas y objetos, la construcción, el lenguaje, el entretenimiento, incluso mentir, no son exclusivas del sapiens. Quizás, la única diferencia se encuentra en el poder de sofisticación y creatividad que ponemos en la realización de cada una de nuestras actividades. El animal aprende y repite, el humano aprende, repite y aporta algo nuevo.

Aunque soy consciente de mi animalidad y no comparto la idea antropocéntrica de la supremacía del animal humano sobre las demás especies, lo cierto es que, pocas veces saberse animal deja de ser solo

eso, un concepto, una idea en la cabeza. Sin embargo, nuestra bestialidad adormecida bajo las suaves cobijas de la domesticación y las "buenas maneras", despierta, se sacude, y ruge en algunas ocasiones.

Por ejemplo, ser madre y, sobre todo, parir por parto natural es una de esas situaciones que despiertan a la bestia. Lo sé porque nunca me viví tan animal como cuando parí a cada uno de mis dos hijos. Durante las horas que duró el trabajo de parto, daba vueltas por la habitación como una leona en su jaula; no podía estar sentada, no podía estar acostada; los sentidos alterados, hipersensible a cualquier sonido o imagen, en alerta como se supone que están las fieras en su hábitat natural.

Di muchas vueltas sudando, gimiendo, sintiendo mi animalidad a flor de piel. Ignoro si volveré a experimentar tan vívidamente mi animalidad, quizás cuando llegué el momento de morir vuelva a sentirlo, no lo sé.

Mi única certeza es que, una vez que el rugido bestial desgarró la garganta; una vez que las uñas recortadas se tornan en garras y se emite el

mugido que nos hermana con las vacas, con las perras, con todas las hembras mamíferos al momento de la expulsión en el parto; y una vez que —la bestia que nos habita— contempla a través de nuestros ojos y olfatea por nuestra nariz a su cría, prendida al pecho, obediente al instinto de lactar, difícilmente se volverá a dormir tan profundo, por lo menos, mientras su cría crece, aprende a rugir por sí misma para, entonces, despedirse de su madriguera.

Ángel E. Valdivieso Priego



Pintura hecha por Congo (1954-1964), chimpancé del zoológico de Londres.

1. Nunca tendré una sola idea buena.

2. De hecho, nunca tendré una sola idea original.

3. Si alguna vez tengo una idea original, se tornará mundana en cuanto intente fijarla en palabras.

4. Si alguna vez logro fijarla en palabras sin que se torne mundana, no existirá nadie capaz de entenderla.

5. Si existiera alguien capaz de entenderla, nunca llegaré a conocerlo.

6. Si alguna vez llego a conocerlo, me detestará y yo lo detestaré.

7. Todo esto ya lo ha dicho alguien más.

8. Si yo fuera un genio, podría...

9. No soy un genio.

10. Rimbaud era un genio. Entonces, ¿por qué dejó de escribir?

11. Rimbaud no pudo lograrlo.

12. Si Rimbaud no pudo lograrlo, tampoco podré yo.

13. Será mejor que me rinda.

14. «Será mejor que me rinda». Una vez que uno ha pronunciado estas palabras, se abren dos opciones: la primera, dedicar la vida a fingir que son falsas; la segunda, dar la cara y aceptarlas.

15. No quiero fingir.

16. Mucho menos quiero aceptarlas.

17. Por más que lo intente, no puedo desprenderme de esta costra pestilente y fastidiosa, que tiene la textura seca de una costra pero el escozor vivo de una herida fresca.

18. La costra se llama lenguaje.

19. Por culpa de esta costra, incluso mi silencio se ha cargado de significados.

20. Estoy obligado a expresarme.

21. Ya que estoy obligado a expresarme, lo haré en mis propios términos. Llamaré amor al miedo y palmeras a las rocas. Nadie podrá comprenderme.

22. Ya que nadie podrá

comprenderme, todo lo que yo diga se volverá liviano y trivial.

23. Cuando todo lo que yo diga se haya vuelto liviano y trivial, tal vez por fin la herida cierre.

24. La herida nunca cerrará.

25. La herida nunca estuvo abierta.

Retornar al dolor

Camila Vidal Zárate



Suicidio di Lucrezia (1550), de Bartolomeo Passarotti.

Toma el filo, rasga tu piel, deja que la sangre brote, fluya, emane. Contráete del dolor, grita en silencio; nadie te escucha, nadie te ayuda. Tu sangre mancha el suelo, que se tiñe de carmín, y tus manos también. Se te debilita el cuerpo, te sientes cansado, tus ojos pesan. No duermas. Levántate. Limpia el desastre que provocaste. Cubre tu herida. Encuentra confort en el dolor. Vuelve a él. Lo harás cada vez que nada vaya bien. Toma el filo, rasga tu piel, deja que la sangre brote, fluya, emane...